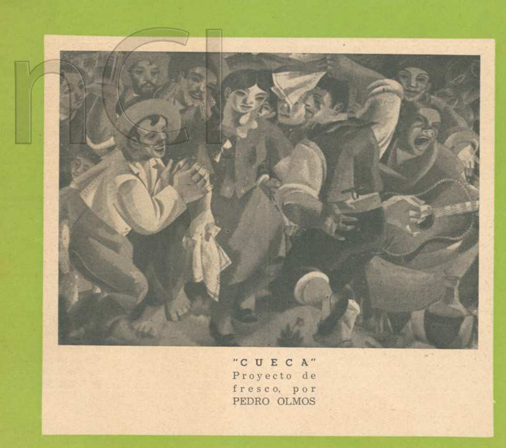
HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

14



"CUECA"
Proyecto de fresco, por
PEDRO OLMOS

30 CENTAVOS
0.10 dólar en el exterior

NUESTRA AMERICA 1942

WALDO FRANK

Un joven norteamericano escribía hace veintidós años en **Nuestra América:** "América es una promesa... Y en un mundo agonizante revolución es creación". Hoy es más visible de lo que era entonces que nuestro mundo está agonizando. También hoy aparece muy claro que aquel joven había heredado ese peligroso optimismo de los siglos XVIII y XIX —que blandamente anunciaban la inevitabilidad del progreso, y no podían concebir que la revolución no fuera progresista y creadora—. Nos hallamos en una revolución, y aunque ella contenga los reclamos de la creación, en la fase actual que encabezan victoriosamente Hitler y sus secuaces, declarados o encubiertos del mundo entero, esta revolución —repito— es la antitesis de la creación; es una revolución demoníaca y destructora. Norte América encierra todavía una promesa. Pero Norte América, que fué una vez la nación más admirada entre todas las naciones, en la actualidad es una promesa desafiada y amenazada por una vasta alianza mundial enormemente organizada.

Todos sabemos lo que significa la promesa americana en el sentido de que las palabras que la definen son los términos comunes de nuestras escuelas, los de nuestra mejor literatura y los de nuestros políticos. Algunos hay que prefieren la prosa de Jefferson y de Lincoln; otros, en cambio, la poesía de Emerson y de Whitman, para expresar todos, aquello que muy pocos de nosotros admitiríamos que no **comprendemos** para nada. Y así es una verdad peligrosa en nuestra vida americana, que no comprendemos lo que la promesa significa porque no la amamos realmente. Sin amor no hay comprensión activa. Tomamos dicha promesa como una cosa asegurada. Le rendimos tributo valiéndonos de la retórica, la agitación de banderas, la apropiación de billones de dólares y el enrolamiento de la juventud en el ejército. Después de hecho esto, y cuando hemos comprado la cantidad indispensable de bonos y pagado las contribuciones, nos sentimos satisfechos, no solamente por haber demostrado la comprensión de dicha promesa y nuestra total devoción hacia ella, sino por haber garantizado su cumplimiento. Y he aquí que éste es el gran peligro.

En diez mil escuelas distintas nuestros niños todas las mañanas entonan el himno nacional. Sus padres, que se hacinan a millares en fábricas y molinos, convierten el hierro, el aluminio y toda la riqueza del país en instrumentos y armas para la "defensa". Pintarrajeamos nuestros automóviles con leyendas que dicen: "Dios bendiga a América", y en las vidrieras de los escaparates los transeúntes leen estas palabras: "Estoy orgulloso de ser norteamericano". Se fabrican banderas a millones. Todo esto será para bien si realmente amamos la promesa que encierra Norte América. Mas si nos llamamos a engaño acerca de ello, entonces nos engañaremos acerca de todo. Entonces se perderán en el vacío el saludo a la bandera y los afiches; todos los billones votados para la "defensa" y los millones de hombres uniformados se convertirán, una vez derrotado el enemigo externo, en instrumentos del enemigo que llevamos dentro de nosotros y que forjarán nuestra propia esclavitud. Puesto que la ignorancia y el desamor no son factores negativos ni son abstracciones, como lo creyera el mundo liberal moderno; son fuerzas del mal positivas y constituyen nuestro verdadero enemigo. Cada época los engendra bajo diferentes nombres para entregarse a su obra destructora.

Mirémosnos bien. Disponemos para vivir de la parte del león del continente. Al norte está situado el Canadá, cuya mayor parte es yerma y helada. Al sur está México, tierra fabulosamente rica y hermosa; mas para los hombres que viven en ella la existencia es dura, trágicamente dura. A diferencia de México nuestro país es templado; la naturaleza nos ayuda a hacerlo habitable.

En nuestro hospitalario hogar, habita el pueblo mejor intencionado del mundo. No hago este aserto superlativo a la ligera. He vivido en muchos pueblos: en las Américas, en Europa, en Africa y en Asia. Las mías no fueron simples visitas oficiales o periodísticas. He **vivido** con esos pueblos. Sin embargo, afirmo categóricamente que no conozco nación alguna cuyo pueblo pueda igualar al nuestro en buena voluntad, y en buenas intenciones conscientes y deliberadas. Somos benditos y no tenemos rivales entre los pueblos del mundo por nuestra falta de envidia, de odio y de suspicacia; por nuestra liberalidad, franqueza y generosidad; y por nuestra hospitalidad ingenua para con el forastero y la amabilidad para con el vecino.

Dada la inmensidad de nuestros recursos, ¿no es éste un buen augurio para nuestro futuro? No lo es necesariamente. Dice el viejo refrán que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. No hay duda alguna de que los hombres que tomaron dicho camino no sabían hacia dónde se dirigían. Las buenas intenciones les tentaron y adormecieron sus espíritus. La generosidad sólo es una débil nebulosa del amor. La buena voluntad no significa necesariamente el pensamiento correcto. A menudo la persona sincera y generosa es simplemente como un niño que se divierte, que jamás se ha visto en tribulaciones o privaciones y que aun no ha sido castigado. Constituímos un pueblo lleno de buena voluntad, pero, debido a que no nos hemos visto todavía obligados a pensar, no formamos un pueblo inteligente. Somos un pueblo cándido y generoso porque somos fuertes, porque el cielo y la tierra de un continente poderoso es nuestra sangre. Pero el amor es aun débil entre nosotros, porque todavía no hemos ahondado, conformándonos en cambio con rozar ligeramente la superficie de nuestra experiencia.

Estos son en cierto sentido los rasgos de la juventud, y nosotros formamos un pueblo joven —un pueblo joven que ha heredado los elementos culturales de los pueblos antiguos—. La inteligencia crítica, la capacidad de percibir la vida como un todo y, especialmente, la capacidad de amar, son conquistas lentas de la madurez. La juventud cree que ama y sólo se ama a sí misma. Su "amor propio" es auto-infatuación y solamente conservará su buena voluntad instintiva y su conducta generosa mientras el mundo la acaricie. Todo esto es cierto. Pero no olvidemos que la madurez es incierta, tan rara como difícil y no debemos olvidar que hemos sido arrastrados por la historia a una crisis tal que la madurez se hace **ahora** imperativa.

Nuestra buena voluntad, la de los norteamericanos, no es suficiente. Aun no ha sido sometida a la prueba de fuego del sufrimiento ni a la luz de la mente. No existen hombres y mujeres más ricamente dotados que los norteamericanos; pero hay pueblos en el mundo en los cuales el amor y la inteligencia se han desarrollado mucho más, lo cual significa que son más objetivos y reales. La calidad de nuestra buena volutand es blanda y superficial. (Si lo ponéis en duda, visitad cualquier ciudad norteamericana donde haya disturbios obreros). Puede ser que esto se deba (y en realidad lo es) a nuestro pasado comparativamente dorado, a la exuberante naturaleza de nuestro continente y a la rica herencia cultural que recibimos de Europa. Hemos sido la **jeunesse dorée** de las naciones. Pero el período de nuestra lactancia ha terminado. Nos hallamos frente a una cósmica tormenta de mala voluntad, frente a una fuerza mundial desatada que se ha propuesto destruirnos. Si acertamos a comprender la naturaleza de este agresivo mundo de mala voluntad, comprenderemos que el odio que hay dentro de él no es otra cosa que una forma pervertida del amor. Puesto que el amor es la más grande fuerza del mundo; empero, tiene muchos avatares, y uno de ellos es el odio. También el odio es poderoso como factor destructivo y lo es aun más por su contagiosidad. El odio, no menos que el amor, es un inspirador. Inspira odio, por lo cual su destructividad es en cierto sentido progresiva. Unicamente nos puede salvar de él la totalidad del amor, mucho más pura y despiadada que esa perversión del amor que es el odio hitleriano.

El fascismo tiene muchos significados. Así, por ejemplo, si destacamos aspectos parciales de la acción de Hitler, éste podría hacernos pasar su caso como muy bueno. El desea que su pueblo sea grande y fuerte, lo cual es muy loable, sin duda. Desea también unificar al mundo arrancándolo del desorden y el despilfarro de la competencia económica. También eso es muy bueno. Inspira a sus adeptos el fervor de servir hasta la muerte si necesario fuera en pro de una causa más grande que sus comodidades y que sus vidas individuales. Eso también es bueno. Apela a los motivos heroicos y de la "sangre" que están más allá de los fríos y cautos silogismos de la mera razón práctica. En verdad lo que él hace es supeditar la técnica a un ideal avasallador.

Pero si observamos más de cerca veremos que el cáncer se oculta en cada uno de estos "buenos" principios hitlerianos. Desearía él lograr la unificación y la grandeza de Alemania, valiéndose de la dominación física y brutal, y barriendo con todas las polaridades del espíritu humano a través de las cuales se logra la integración. Desearía él unificar la humanidad —pero hacia abajo, quitando al hombre toda variedad de visión y emoción. Incita a sus adeptos a que se inmolen por él, pero desproveyéndolos de sus devociones históricas para con dios, la familia, la justicia y la verdad; arrebatándoles su autorresponsabilidad y esclavizándolos. Y finalmente, su llamado a la "sangre" es el grito de guerra de la horda que incita al asesinato y al saqueo.

Estas discrepancias entre las pretensiones y los verdaderos objetivos del fascismo son de capital importancia para los americanos. No debéis sentiros muy seguros de que no pueda producirse del mismo modo y dentro de nosotros una perversión fatal de la buena voluntad. También los alemanes forman un gran pueblo, un pueblo joven. Poseían ellos la inteligencia, tenían el amor, gozaban de una cultura social y religiosa superior a la nuestra. A pesar de todo, sus aspiraciones **para lograr alguna razón interior** se transformaron en cancerosas. Tratemos de comprender esto en bien de nosotros mismos. Hoy estamos amenazados por dos fuerzas letales. Una es el odio externo hacia el fascismo que se encarna en las naciones agresoras. La otra es una amenaza interna, una quinta columna del espíritu —la tendencia hacia el odio y lo demoníaco que llevamos dentro de nosotros y que aparece cuando, debido a la carencia de conocimiento y de disciplina, de método y de sabiduría humilde, nuestro amor fracasa en la búsqueda de una manera de vivir. El enemigo tiene una doble faz y la paradoja que encierra es ésta: si nos dedicamos exclusivamente (como lo hacemos) a combatir su faz externa sin tener plena conciencia de la otra, entonces aquélla —la faz interna del enemigo— se convertirá en nuestra propia faz.

Permitidme aclarar esto relacionándolo con nuestros problemas norteamericanos. En este momento el país se dedica vertiginosamente a la producción industrial. Su motivo ideal es la defensa de nuestro sistema democrático. Uno de los resultados prácticos de esto es que los hombres están otra vez haciendo dinero y disputando por él. Los capitalistas y los técnicos altamente remunerados sufren enormes exacciones en concepto de impuesto a los réditos, pero no olvidemos que esto sucede porque las rentas que obtienen son también enormes. Los trabajadores también desean tener su participación, y cuando no lo logran amenazan declararse en huelga. En consecuencia, no solamente los elementos reaccionarios de los negocios y de la política, sino también los hombres que ven el peligro que significa para nuestra existencia nacional si se produce un estancamiento de la producción, acusan a las uniones obreras de traicionar a la defensa y aconsejan que se tomen medidas represivas que declaren ilegales las huelgas en épocas de emergencia nacional. He aquí la amenaza de que se dé un paso en dirección del fascismo (el cual hace simplemente que la "emergencia nacional" sea permanente), paso que sinceramente se da en defensa de la democracia.

Otra consecuencia del programa de defensa es la restricción de los medios disponibles para todas las actividades culturales que carezcan de utilidad práctica inmediata. Si la guerra continúa o la amenaza de guerra subsiste, los muchachos serán retirados de los colegios y transformados en soldados, marineros y mecánicos. Los fondos dedicados a la educación experimental serán congelados, y se contará con recursos cada vez menores para cualquier actividad —intelectual, estética o espiritual— que vaya más allá de los métodos uniformes que preparan a los jóvenes para combatir o para producir implementos bélicos. Tendrá lugar entonces esa nivelación descendente y despiadada, esa atolondrada simplificación de las energías de la vida cultural que es otra de las características del fascismo. Y todo esto será hecho sinceramente en nombre de la defensa contra el fascismo.

La respuesta pacifista que se da a este problema es irrealista y sentimental. El no adiestrar un ejército ni equipar una máquina defensiva propios, por el razonamiento simple de que la producción hace peligrar nuestros valores democráticos, no nos salvarán de los ejércitos y de las máquinas de la agresión extranjera. Lo que honestamente nos incumbe es **encaminar** nuestra producción para la defensa, el perfeccionamiento de nuestra armada y el adiestramiento de nuestros soldados, de tal manera que puedan sobrevivir los valores esenciales de la democracia norteamericana, la promesa **norteamericana**. El único camino a elegir es el de profundizar y ampliar nuestra **experiencia** de lo que Norte América defiende y de lo que promete, hasta que la forma

democrática de fraternidad y justicia se haga carne en nosotros; tan explícita en nosotros y tan implícita en lo íntimo de nuestras vidas que no pudiera ser destruída aunque el país se convirtiera en un inmenso campo de concentración.

Tomad por ejemplo una familia —una familia ideal, lo admito—. Desde la abuela que teje calcetines junto al hogar, hasta el mozalbete que se lo pasa siempre jugando a la pelota, la familia se nos muestra llena de diferencias y de desacuerdos entre sus miembros. Sin embargo, en el sentido que doy yo a la palabra, se aman. Su amor es una comprensión instintiva, una aceptación y respeto que surgen de la comprensión de la manera de ser de cada uno de ellos, un acuerdo tácito de que a cada uno se le permitirá y hasta se le ayudará a vivir plenamente su vida, dentro del marco del bienestar general. A pesar de ser humilde, este amor en embrión es amor fraternal y amor de dios.

Sucede que una noche la casa se incendia. El jefe rudamente se hace cargo de la situación. Da órdenes sin parar en cortesías ni en consultas previas. Lleva en brazos a la abuela y la deja caer en el prado sin ceremonias. Envuelve en una sábana al pequeñuelo que gimotea y lo deja caer de cabeza en los brazos de su hijo que está en la escalera. En su necesidad de llegar hasta el fuego, rompe juguetes, platos y recuerdos de familia. ¿Es esto acaso fascismo o totalitarismo? ¡Desde luego que no! Cuando el fuego ha sido extinguido cada miembro de la familia recupera sus derechos, privilegios y su libertad, puesto que desde un principio existían entre ellos mutualidad, comprensión; puesto que existía el amor.

Esto es lo que quiero decir y es lo que temo de Norte América. No existe entre nosotros el suficiente sentimiento mutuo; ni la comprensión lúcida que se nutre y brota del amor, que es lo único que inspira y dispone la habilidad con que los hombres y las naciones capean las crisis. Desprovisto de este amor, la inmensa máquina que tan rápidamente y con tanta razón estamos equipando para nuestra defensa, se convertirá en una fuerza despiadada que fatalmente nos destruirá. Las viciadas declaraciones que a diario se escuchan en la radio y se leen en los periódicos, emitidas por nuestros líderes nacionales: LAS MAQUINAS GANARAN LA GUERRA, prueban que este es un peligro real. Es verdad que la ganarán; pero la ganarán para el espíritu humano que se halla **detrás** de las máquinas!

¿Por qué no amamos más a nuestra América? ¿Las bonitas mentiras de nuestras películas, las hueras canciones de nuestras radios evidencian acaso amor? ¿Nos revelan, por ventura a Norte América? Nuestra tierra es ruda, inmensa é infinitamente variada. ¿Qué otra tierra merece ser tan amada como la nuestra con sus héroes y sus santos, sus poetas y sus profetas, su legión de hombres y mujeres nobles y humildes? Esa tierra nuestra con sus miriadas de valles y sus millares de modismos folklóricos encarnan el sueño del mundo. Mirad a nuestra América: volveos luego hacia el magro lenguaje de nuestras canciones y de nuestras artes, al "realismo" superficial de nuestras novelas populares, a la sabiduría de pacotilla de nuestros críticos científicos que desearían falsear el espíritu del hombre creador para encuadrarlo dentro de sus pequeñas reglas de razón empírica. Amar es ver claro. Veamos claramente a Norte América en su cuerpo, en su sueño, en los ojos de su profunda visión y la amaremos. Sabremos entonces que su promesa es **nuestra** carne y **nuestra** sangre. No abriguemos entonces el temor de traicionarla. Las máquinas que construimos para destruir a Hitler se hallarán entonces seguras en nuestras manos.

Los oradores, los predicadores, los textos escolares nos dicen todos que formamos una sola familia —tanto el mediero negro de Arkansas como el labrador yanqui, el obrajero de Oregón y el minero de Pensylvania, el intelectual de Harvard y la chica que aprende taquigrafía en Tuscaloosa, el aficionado del "baseball" de Brooklyn y el cestero de un pueblo de Nueva México—. Pero ésto no alcanza a ser lo suficientemente bueno ni lo suficientemente real. ¿Cómo puede ser real si nuestras vidas y nuestros sistemas económico-sociales no **hacen efectiva** la fraternidad? La familia que he invocado no se amaría verdaderamente, no podría ser real, si sus vidas no constituyen un práctico sistema mutual de toma y daca y de justa libertad. Puesto que si el amor es comprensión lúcida y gozosa, su premisa es la justicia y la armonía en la acción mutual.

Es este un orden amplio. El amor es una aspiración dinámica que jamás alcanza su objetivo. Lo que me aterra en el estado común del espíritu de mi tierra amada es la debilidad de los esfuerzos inteligentes y determinados para hacer efectiva la buena voluntad que todos poseemos. El amor mueve al espíritu. Nuestra mentalidad nacional tal como la personifican los líderes políticos e industriales está muy atareada en el perfeccionamiento de los detalles de nuestra producción mecánica. También nuestra mentalidad nacional, tal como la expresan nuestros maestros y publicistas, está muy ocupada en la dilucidación de las consignas heredadas y las fórmulas de la promesa americana. Nuestra visión, tal cual la enuncian nuestros artistas y escritores creadores, está muy atareada en la obra de mitigar, entretener, halagar o sacarle el cuero al público.

Mas demasiado poco veo de la actividad dinámica del amor y de su magia; muy poco reconocimiento de que el amor debe ocupar su lugar y cumplir su obra si queremos que nuestro titánico esfuerzo nacional no se desplome o desvíe. Hablo del amor que con lucidez y gozo ilumine nuestras instituciones para hacer de ellas mejores instrumentos de justicia y libertad personal y que revele dentro de cada hombre su participación en la promesa americana de manera tal que pueda vivirla y amarla.

El mundo se halla en revolución y América es la promesa de que esta revolución será creación. Norte América, hoy en el timón de toda esperanza humana, debe revolucionar la revolución.

(Traducción directa del inglés, de
The American Mercury)

¿Hombres Libres o Vasallos?

HAYA DE LA TORRE

LAS sorpresivas contingencias de la guerra en Asia y la lentitud de la reacción aliada en Europa y Africa han determinado en buena parte de los pueblos indoamericanos una creciente ola de escepticismo.

Sería engañarse no reconocerlo. El plan del Eje fué asestar tan fuertes y decisivos golpes sobre las armas norteamericanas como para destruir su prestigio de prepotencia. Y, en cierto modo, y por lo menos temporalmente, lo han conseguido.

Verdad es que en nuestros pueblos, tan fáciles a la exageración y al alarmismo, este sentimiento de desconfianza ante el futuro, ha cundido con excesiva facilidad. Lo ayuda la bien organizada propaganda del Eje y la falta, hasta ahora, de una vigorosa emoción de entusiasmo por las Democracias en casi todos nuestros países.

Como estamos ya dentro de las filiaciones que la guerra impone, podemos opinar acerca de la dirección política que de nuestro lado se está dando al movimiento organizador de la solidaridad interamericana frente a las amenazas del Eje.

Y tenemos derecho y razón al creer que, hasta este momento, la espontánea simpatía popular que es manifiesta y mayoritaria en Indoamérica por la causa democrática ha sido y es deficientemente dirigida y estimulada.

La Conferencia de Río de Janeiro, sin la adhesión de Argentina y Chile, no es siquiera un triunfo diplomático para los hombres que hoy regentan la Secretaría de Estado y que tan afanosa y unilateralmente cuidan de conseguir la adhesión de los gobiernos indoamericanos olvidando la función de los pueblos, que en esta guerra total es ineludible.

Muy importante es, sin duda, que dieciocho cancilleres y dieciocho presidentes hayan formulado su adhesión a la política bélica de Wáshington. Pero, y aquí procede la crítica, no es bastante. Primero, porque faltan dos gobiernos, y después, porque aun no se ha dado a los veinte pueblos de nuestro continente el programa común, concreto y realizador de un auténtico ideal democrático.

Se extiende el temor si es que es verdad que nuestro destino está unido al de la nación norteamericana, en caso de que ella sea vencida, no estamos listos para afrontar tal contingencia; y en la posibilidad de que resulte victoriosa, tampoco nos hayamos preparado para una relación equilibrada con el triunfador prepotente.

Y va afirmándose la creencia en que, tal como está conducida la política internacional desde Wáshington, nuestros países sólo deben dar sin recibir, lo que significa que estamos defendiendo una Democracia que nos es ajena y una libertad que no hemos de sentir.

La Secretaría de Estado, según las palabras del señor Welles, interviene y ejerce presión sobre los gobiernos de Indoamérica para conseguir la adhesión a la guerra, pero se abstiene de toda influencia para conseguir que esos gobiernos fortalezcan la causa democrática aliando a sus pueblos en el fervor de un vasto programa común de afirmación de su libertad.

La soberanía, para Mr. Welles, es la soberanía de los gobiernos, no la de los pueblos. Olvida que esta guerra representa, ideológicamente, la tremenda contienda entre dos conceptos de soberanía; la total y única del gobierno que encarna al Estado-déspota en el nazifascismo, y la democrática de la Nación cuya voluntad soberana reside en el Pueblo.

En nuestra América hay muchos países que bajo el disfraz republicano no son sino virreynatos de algún imperio. Los pueblos de esos países lo saben muy bien. Y lo que esos pueblos anhelan es lograr los beneficios de la Democracia y asegurar la libertad nacional sobre la base de la libertad ciudadana. Pero mientras un programa tal, de auténtica reivindicación de la soberanía popular no sea formulado como ideal de nuestra cooperación en esta guerra, seguiremos el carro del más fuerte sin abandonar nuestro recóndido escepticismo.

No ha de haber un solo ciudadano en Indoamérica que no aspire la libertad. No habrá ninguno que deje de reconocer que nuestros países la necesitan como clima vital de su desarrollo espiritual y material. Pero es justamente el no ver la victoria de la Libertad como signo de la victoria aliada en esta guerra, lo que paraliza entusiasmos, amengua fervores y hasta desvía esperanzas hacia los campos antidemocráticos.

Razona el escéptico: "igual nos dará vivir bajo la influencia alemana, italiana o japonesa, que bajo la influencia norteamericana e inglesa". Y cuando se objeta que la forma de dominio será totalitaria y esclavizante, racista y brutal, replican: "Quizás no. Puede ser que respeten nuestra soberanía política como lo han hecho los sajones y sigan dominándonos a través de otras oligarquías criollas; a lo mejor, las que vengan serán honestas y más populares".

Y si se les recuerda que aun la esperanza de libertad que hoy nos alienta ha de perecer, vuelven a responder, mordiendo su pesimismo: "Casi todos nuestros países han perdido su libertad bajo una sucesión de dictaduras más o menos desembozadas. ¿Qué diferencia habrá entre la esclavización nazi, dentro de un régimen más vigoroso, más juvenil y constructivo, que bajo esas sórdidas plutocracias nacionales tan bien respaldadas por los imperialismos?"

No son estos, razonamientos aislados. Vienen de todos los ámbitos de nuestro continente. Se escuchan y se leen en la voz del viajero que pasa o en la carta del lejano amigo que escribe. Falta emoción, falta esperanza, falta dinamismo optimista, falta fe. Quizá por la obra de los activos propagandistas del quintacolumnismo, y con la ayuda de los gobiernos secretamente simpatizantes del Eje, ese sentimiento derrotista, va extendiéndose en forma alarmante. La aparente impotencia de los Estados Unidos en Asia, los fracasos de Africa, la indecisión de Europa, han dado autoridad al pesimismo y extensión a la quietud conformista.

"Vasallos de cualquier vencedor", es como la consigna de millones de nuestros compatriotas indoamericanos. Si precariamente se entusiasman ante la esperanza de un triunfo democrático, pronto aflora la indecisión y el bajo fondo fatalista. Tienen y no tienen razón. En realidad la línea política interamericana está lejos del ritmo mundial de este lapso. Wáshington sigue haciendo panamericanismo a la antigua. Las palabras del presidente Roosevelt, con las que todos los hombres libres de las Américas estamos solidarizados, se enfrían y aquietan a través de los protocolos y de los rígidos y lentos procedimientos de la diplomacia. La voz del canciller mexicano Padilla, único intérprete de la emoción continental que debe estremecernos, fué acallada por el sopor de Río de Janeiro.

Los gobiernos indoamericanos quieren de los Estados Unidos, garantía de estabilidad, carta blanca para el procedimiento antidemocrático y dólares para sus arcas. Mr. Summer Welles imprimió a la Conferencia el ritmo materialista de su discurso inicial. Cifras y cálculos. La fe de los pueblos, la cooperación encendida de las masas, el calor unánime del corazón ciudadano, no tuvieron clima en la Asamblea del Brasil.

Y, sin embargo, nunca como hoy se decide nuestro destino. Nunca como en esta guerra, estamos los pueblos indoamericanos ante una gran disyuntiva: o vasallos y vasallos definitivos de cualquier vencedor o realizadores del mundo nuevo.

No hemos pensado o no queremos pensar en otra posibilidad que debemos prever: la derrota total, el aniquilamiento o el desgaste de todas las grandes fuerzas en lucha; el hundimiento de los sistemas actuales, el fracaso ominoso de vencedores y vencidos. ¿Por qué no?

Y en caso de que así no fuera, total y definitivamente, ¿por qué no imaginar que de esta catástrofe, de todos modos determinadora del agotamiento de los grandes imperios, podrá surgir la realidad de nuestra América?

La guerra, si nosotros lo queremos, puede determinar el fin de todo vasallaje. Si nosotros unificamos nuestra fe y encauzamos nuestro optimismo hacia una concreta decisión realizadora, podemos ser los vencedores.

Pero para lograrlo, la causa interamericana de la democracia necesita de otro comando político. Y si él no es posible en la dirección de Wáshington, debemos procurar que surja en nuestro continente.

Pueden organizarlo los partidos populares, las juventudes, las universidades, las fuerzas obreras. Puede imponerlo la conciencia nacional de cada país en un gran movimiento de carácter continental. Puede determinarlo una vigorosa convicción del peligro y un claro imperativo del deber ciudadano de salvar nuestra libertad común.

Vale meditar con claridad y con realismo en la hora que vivimos. Seguir dejándonos llevar con los acontecimientos y en espera de la decisión de la contienda de los fuertes, es perder los instantes preciosos que sólo la acción puede aprovechar.

Nuestra primera tarea es vencer el escepticismo y derribar la extensa propagación de sus argumentos. No debemos aceptar en nuestro destino, ser vasallos de cualquier vencedor. Cierto es que tal como estamos y en la forma en que se nos dirige sólo el vasallaje ha de ser nuestra meta. Pero no olvidemos que hay un camino de libertad: el que comienza con la fe en la victoria de nuestra América si la unimos en un gran propósito de afirmación democrática basado en el fortalecimiento y la coordinación de una nueva conciencia política.

Lima, marzo de 1942.

LA GUERRA, *mal negocio para el capitalismo*

JACOBO PRINCE

COMO militantes activos de la lucha social que se desarrolla de un modo permanente entre oprimidos y opresores de todas las razas y en todas las latitudes, y al mismo tiempo, como observadores atentos de las alternativas y los factores de diversa naturaleza que condicionan el desarrollo de la misma lucha, somos contrarios a las explicaciones simplistas, a las fórmulas sumarias y elementales que pretenden contener un juicio total, una directiva acabada con relación al cúmulo de hechos que determinan los grandes acontecimientos sociales.

Tomemos, por ejemplo, ese acontecimiento terrible, decisivo para el futuro del mundo, que significa la guerra. Nos referimos a la actual guerra mundial. Es frecuente oír acerca de ella las apreciaciones más simples y pueriles, con pretensión de explicación exhaustiva de sus factores determinantes. Así, se habla de la agresividad de los alemanes, considerados incurablemente belicosos, como causa de la guerra. O de la pérfida diplomacia del imperialismo británico. O se saca a relucir la teoría de los "dos imperialismos", con la obligada conclusión de que es indiferente para los pueblos el triunfo de uno u otro. Y no faltan quienes tratan de explicar la tremenda conflagración actual por el enorme desarrollo del maquinismo y el olvido de dios por parte de una humanidad mecanizada...

A nuestro juicio, hay en esas y otras fórmulas semejantes, explicaciones falsas o parcialmente ciertas que contribuyen a extraviar el juicio sobre el formidable problema de cuya solución depende el porvenir de todos los hombres, si se asignan a tales explicaciones un carácter integral. Por otra parte, siempre cabe señalar en la consideración de un fenómeno tan complejo como es el de la guerra, una cantidad de hechos, de fases y de "causas concomitantes" que nunca pueden estar comprendidos ni en la explicación más completa y abarcativa. Lo que no debe impedir, ciertamente, que busquemos afanosamente la explicación de los determinantes de esta tragedia, como condición indispensable para saber actuar a conciencia y eficazmente en medio de los acontecimientos que habrán de producirse inevitablemente en un futuro próximo, en virtud de las consecuencias político-sociales de la misma guerra.

Desde este punto de vista y hecha la salvedad consiguiente acerca de la imposibilidad de una explicación realmente exhaustiva, queremos examinar brevemente el juego que ha desempeñado en el estallido de la catástrofe uno de sus factores de mayor magnitud. Nos referimos al gran capitalismo, o mejor dicho a la plutocracia mundial, que por razones diversas ha tenido y sigue teniendo en los países anglo-sajones, sus grandes centros de comando.

No somos de aquellos que atribuyen al capitalismo todos los males de este mundo y estamos convencidos que muchos adversarios teóricos del capitalismo y muchos movimientos específicamente anticapitalistas, tienen gran parte de responsabilidad en los males que actualmente sufren los pueblos. Pero es evidente que la fuerza preponderante del gran capitalismo en la política mundial lo coloca en el primer plano de la responsabilidad y lo convierte en el acusado número uno cuando se trata de juzgar objetivamente acerca de la culpabilidad en la catástrofe que estamos viviendo. Sin embargo, más importante que "juzgar" y "condenar" a la plutocracia es apreciar sus reacciones, su modo de actuación, descubrir el "camouflage" de que se vale en las diversas circunstancias y evitar que ese pérfido disfraz y esa actuación funesta, engañen a los pueblos una vez más y los expongan a nuevos y más aniquiladores desastres.

Hagamos un proceso sumario, aun puntualizando cosas que todos debieran conocer, pero que parecen ser olvidadas. El fascismo, surgido en la posguerra anterior y determinante inmediato de la guerra actual, ha sido estimulado, financiado y protegido internacionalmente por el gran capitalismo y sus representantes políticos que han gobernado las potencias democráticas. Sin la ayuda financiera de los consorcios anglo-yanquis, Mussolini no habría logrado afirmarse en Italia, en medio de una gran crisis económica y de una firme oposición popular. Tampoco Hitler hubiera logrado sus objetivos inmediatos, deslumbrando con sus éxitos al desesperado pueblo alemán, si no hubiese contado con idéntica ayuda y con una benevolencia internacional que contrastó violentamente con la dureza de trato otorgado a la vacilante democracia alemana. El connubio entre plutocracia y fascismo fué tan estrecho que no pudo ser separado del todo ni en el pleno desarrollo de la guerra totalitaria, donde los aliados de ayer parecen ser los grandes rivales de hoy en la dominación del mundo.

Son obvias las razones que obligaron a la plutocracia mundial jugar la carta del fascismo en todos los países. Se resumen en una sola: la necesidad de "conservar el orden", en medio de la sociedad convulsionada y las grandes amenazas de insurrección proletaria. Bien entendido que lo que se trataba de conservar realmente eran los privilegios antisociales del capitalismo, el monstruoso desorden creado por ese sistema que técnicamente había caducado y que no creía no poder seguir subsistiendo al amparo de las instituciones de la democracia burguesa, las que habían protegido su desarrollo en su período ascendente y relativamente equilibrado.

La costosa financiación del fascismo y la progresiva abrogación de las democracias, era el precio que pagaba la plutocracia por "su propia conservación", por la eliminación violenta de la amenaza social revolucionaria y el logro de una precaria estabilidad que le permitiera seguir gobernando el mundo con medidas de emergencia.

El fascismo fué y debió seguir siendo —en el pensamiento de los representantes del gran capitalismo— tan sólo un instrumento de la reacción plutocrática, un método drástico y quizá transitorio de llegar a cierto equilibrio, eliminando toda oposición social. Pero, como se sabe, los jefes de las bandas fascistas, una vez dueños del poder totalitario, consolidado su Estado absolutista, no se conformaron con el papel subalterno de instrumentos y pretendieron actuar por su cuenta, sometiendo o desplazando a los mismos capitalistas que habían costeado sus primeras depredaciones. De ese modo, un gran sector de la burguesía italiana y sobre todo los grandes magnates industriales y financieros de Alemania, fervorosos animadores del fascismo y del nazismo, fueron sometidos a tales restricciones en su influencia social y económica, que en muchos casos significaron una anulación casi absoluta, en provecho de la nueva clase privilegiada de la burocracia totalitaria. Muchos de esos antiguos potentados capitalistas tuvieron que reconocer que la aventura fascista había significado para ellos "un mal negocio".

Esto no impidió que sobre un plano internacional, la plutocracia y de un modo general todas las fuerzas reaccionarias, continuaran apoyando ciegamente la expansión fascista. ¿Qué otra cosa, si no, significa la tolerancia de la agresión japonesa a China, la farsa de las "sanciones" cuando la invasión fascista en Abisinia, la ignominiosa entrega de España y el sacrificio de Checoeslovaquia? ¿Y toda la conocida política de "apaciguamiento" en que tanto perseveraron los políticos más reaccionarios de Inglaterra y Francia, así como el "aislacionismo" de Estados Unidos, no representan acaso la expresión de esa desesperada táctica de apoyo incondicional al fascismo como fuerza contrarrevolucionaria?

Es muy probable que muchos adeptos de táctica, incluso políticos destacados, no tuvieran una noción clara del fondo social que la inspiraban, de los intereses concretos que estaban en juego. Este hecho no altera lo fundamental de la cuestión, como no lo altera el que una apreciable cantidad de trabajadores, de campesinos pobres y otros elementos populares, sean fanáticos adherentes del fascismo, en muchos países. Y lo fundamental, en este caso, es lo que expresamos más arriba: que la plutocracia gobernante de los países democráticos seguía ciegamente apegada a su política de secundar al fascismo y proteger su expansión.

Pero el fascismo, especialmente en su variedad nazi, no podía conformarse con el papel de "instrumento" en el plano internacional, como no había querido limitarse a ese papel internamente, frente a la plutocracia alemana. Ni siquiera estaba dispuesta a "compartir" el dominio del mundo con las camarillas capitalistas de la City y de Wall Street, como había sido el sueño de los Chamberlain, Bonnet, Hoover y demás "apaciguadores". El nazismo, siguiendo los derroteros de la lógica totalitaria, dueño de un formidable aparato militar, pretendía el dominio "exclusivo" sobre todos los pueblos, relegando a la plutocracia mundial a un lugar secundario, dentro de los engranajes del monstruoso Estado total, dueño absoluto de todas las cosas y de todos los hombres.

A pesar de los múltiples y evidentes síntomas que denotaban esa inevitable trayectoria del nazifascismo hacia la lucha por "todo el poder" mundial, los dirigentes del gran capitalismo —atacados de miopía en su decadencia social— se empeñaron durante largo tiempo en desconocer la realidad, acariciando la esperanza de llegar a un acuerdo final con el monstruo totalitario, acuerdo que no podía significar otra cosa que compartir con él las zonas de influencias. En esa ilusoria esperanza radica todo el "pacifismo", sentimentalista y torpe de la burguesía reaccionaria y de quienes sufren inconscientemente su influencia. Nótese que en todos los grandes países que después tuvieron que ir a la guerra, en Inglaterra, en Francia, en Estados Unidos —y el mismo fenómeno se ha reproducido en muchos otros—, los partidos más reaccionarios, los tradicionalmente nacionalistas y militaristas, se convirtieron de pronto en seráficos amigos de la paz y no vacilaron en repetir muchos argumentos propios del pacifismo clásico y difundir una propaganda demagógica y "antiguerrera" que antes habían condenado como un crimen de lesa patria.

Se pretende explicar este hecho aludiendo a la actividad de la llamada quinta columna. Sin duda, los agentes del nazismo no dejaron de aprovechar para sus fines esa clase de pacifismo. Pero tal actividad hubiera sido estéril o imposible, si no hubiera existido esa corriente fomentada por los ideólogos y los políticos representativos del capitalismo, que, bajo pretexto de conservar la paz a cualquier precio, pretendían una vasta colaboración con el bloque totalitario sobre la base de la división del planeta en distintas zonas de influencia y una gran redistribución de los imperios mundiales.

Hay, además, otro factor muy importante que debe tenerse en cuenta para comprender las vacilaciones del capitalismo en ir a la guerra y su vano empeño en evitarla, después de haber creado todas las condiciones para su estallido. Ese factor es el frío cálculo acerca del costo, no sólo de la guerra, sino de los simples preparativos de guerra. El formidable armamento que exige un ejército moderno es tan agotadoramente costoso, absorbe una cantidad tan enorme de riquezas, que los dirigentes del capitalismo no sabían cómo obtenerlas, sin tocar las propias reservas capitalistas. La capacidad tributaria de los pueblos había sido colmada con exceso, por los gastos ordinarios del Estado y el pago, directo o indirecto, de las destrucciones realizadas en la anterior guerra mundial. Equipar un ejército moderno, con todas las maravillas técnicas creadas por la ciencia de la muerte, reclamaba la inversión de sumas fabulosas, las que sólo podrían obtenerse por medio de impuestos confiscatorios de la renta y aun del propio capital. Más claramente, mediante una verdadera expropiación de la riqueza privada, por cuenta del Estado. No de otro modo había podido construir Hitler su tremenda maquinaria bélica. Ante tal evidencia, los dirigentes y mentores de la gran burguesía, que antes habían pretendido monopolizar el patriotismo virulento y armamentista, dieron la consigna del pacifismo y de la colaboración con los agresores, siguiendo los dictados del pánico que siempre han sentido cuando vieron peligrar los grandes privilegios de su clase. Desde que el armamentismo y la guerra dejaron de ser un buen negocio para el capital privado, ellos se sentían pacifistas y antiguerreros.

Sin embargo, los hechos tienen su propia lógica, que suele desbaratar las previsiones de los mismos que pretendieron dirigirlos. Es así que la guerra, que el fascismo significaba en potencia, se hizo una realidad inevitable y la plutocracia tuvo que aceptar la lucha por la hegemonía con su propia criatura, exponiéndose a terminar su existencia como clase dominante en la sociedad, a través de las trascendentales derivaciones de la lucha. Indudablemente, el fascismo y la guerra, generados por el capitalismo, resultaron para éste "malos negocios". Más que eso, pueden significar su condena a muerte en el escenario de la historia.

Por de pronto, es evidente que los inmensos gastos que la guerra exige, imponen a los mismos Estados capitalistas establecer límites rígidos a las ganancias y practicar una política confiscatoria que se aviene muy poco con los principios del capitalismo privado. Esto conduce, sin duda, a un estatismo cada vez más pronunciado que, si bien constituye un grave peligro desde el punto de vista de las libertades populares, significa por otra parte el desarrollo de un proceso de expropiación paulatina, cuyos límites finales no son fáciles de prever, aun prescindiendo de las grandes sacudidas sociales que podrían acelerar el proceso y cambiar fundamentalmente la orientación del mismo.

En suma, como decimos, el fascismo y la guerra han sido malos negocios para el capitalismo. Pero esté solo hecho no debe alegrar de por sí a quienes ansían el establecimiento de un sistema social justo, una forma de convivencia libre y armónica. La desaparición del capitalismo puede significar un bien y dar lugar a una nueva etapa de progreso, sólo en el caso de que el totalitarismo, es decir, el absolutismo de Estado, sean cuales fueren las formas en que se encarnara, saliera definitivamente aniquilado de esta guerra que lleva impreso su signo brutal. Por eso, el problema vital y urgente, previo a cualquier otra consideración contingente, es indiscutiblemente la destrucción del fascismo, del Estado totalitario. Y para que esa destrucción no se traduzca en un equívoco monstruoso y la reproducción de los propios males que hoy lamentamos, es necesario inculcar a los pueblos desde ya, a través de la propia lucha antifascista, una nueva conciencia social, un nuevo espíritu societario, incompatibles radicalmente con las formas de explotación y de tiranía que han caracterizado a las sociedades fundadas en el privilegio. El nuevo orden social deberá ser igualitario y libre o de lo contrario será otra vez el caos y la iniquidad convertidos en sistema, bajo cualquier denominación pomposa. Que la tragedia que hoy vivimos sirva a los pueblos de lección decisiva.

A t a j a d a e n e l r o d e o .

PEDRO OLMOS

NACE en Valparaíso. Se educa en San Felipe, pueblo de la montaña chilena. Durante su instrucción en un colegio de frailes, es expulsado del establecimiento por un dibujo en que satiriza al "hermano" rector. Es becado por la Municipalidad de San Felipe para que estudie en Santiago. Como la Academia está en manos de las viejas tendencias, se incorpora al Pedagógico, Facultad de la Universidad de Chile, donde se forman los profesores de la enseñanza secundaria de ese país. A raíz de la caída de Ibañez encabeza, con dos o tres camaradas más, un movimiento para expulsar a la reacción de la enseñanza plástica del establecimiento. Logran el triunfo de sus fines; pero, desengañado de pedagogías, abandona los estudios.

Hace una rápida carrera de ilustrador en los periódicos y editoriales chilenos. Pasa a la Argentina, donde encuentra campo para su labor. Colabora en diversos diarios, periódicos y revistas, reproduciéndose sus dibujos y grabados en Brasil, Venezuela, Perú. Ha acompañado con sus ilustraciones a la mayor parte de los poetas jóvenes y de valor de Chile. En Argentina, en este campo, su labor ha tenido también interés, adquiriendo destacados relieves.

Abelardo Paschín Bustamante, espíritu sagaz y valor plástico de Chile, fué su maestro. Paschín supo darle una buena lección de libertad, que Olmos ha sabido aprovechar. También Neruda ha sido un factor estimulante en su vida.

Queriendo conocer el espíritu chileno vagó por los pueblos de su patria, recogiendo material para su labor. Ultimamente, al pasar por Buenos Aires, Felipe Cossío del Pomar vió uno de sus cuadros y le ha ofrecido una beca para que estudie el fresco, en su Escuela de San Miguel de Allende, en la república de México. Mientras tanto, Olmos está escribiendo un libro sobre la vida inquieta de Pablo Gauguin, pintor "fauve" de fines del siglo pasado.

P O S I C I O N

EL arte en América no ha sabido asimilar lo europeo. Un japonés, por ejemplo, siempre mostrará el espíritu oriental a través de las más audaces tentativas. Sin embargo, en nosotros no hay un arte que corresponda a nuestro instante y a nuestras necesidades. Ha existido en estas tierras un arte quechua, un arte m a y a. Pero nuestra brújula señala a Europa. Y de todas esas culturas no quedan en la actualidad más que ruinas sobrecogedoras.

Para mí siempre ha habido un interrogante: ¿Puede dar nuestro continente mestizo un arte personal? Hay leyes plásticas que condicionan el talento del artista y el cuadro debe ser una firme composición, una sabia distribución del color y un dibujo de expresivo arabesco. Y en la superficie de la tela bien pueden ser obra maestra dos manzanas, un par de zapatos viejos (como ya lo hiciera Van Gogh) o el baile más abigarrado. Todo está en la "garra" del que crea. Pero hay elementos que han sido demasiado trabajados. Y de ellos hay que huir. De las manzanas de Cézanne; de los arlequines. De la demasiada habilidad, también. El arte se hace con carne y con sangre. Y de lo que odia y lo que ama. Por eso nosotros, hombres de América, debemos ir hacia la raza y el color del continente, libres, poderosos como los maestros de las jóvenes generaciones supieron serlo.

El arte no se divisa a través de los libros. El arte se siente, y se sufre. Todo lo que necesitamos es saber mirar y saber pintar. Y saber descubrir. Porque nosotros, salvo México, nada o casi nada tenemos. Y deberemos construirlo todo. ¿Cómo? No sé dar la respuesta, pero pienso que nuestras tierras americanas tienen un alma personal e indiscutible que de rato en rato asoma a la superficie a través de algunas obras.

Hasta ahora el "metier" se trae de Europa con los pomos de pintura; y la crítica con los libros de arte. Habrá que arremeter contra todo y contra todos. Dejar de hacer "francesadas" o "españoladas" cuando se pinta. Por ejemplo, no construir un Matisse cuando se trabaja un mensú. Hay que tener para estas tierras el mismo cariño que los flamencos demostraron en sus obras profesar a la suya. Y el mismo respeto.

En lo que atañe a mí, personalmente, puedo afirmar que mi vida la he trazado en etapas y que no apresuro ni retraso mi intento. Cada día me da lo que cada día trae. Antes que nada he aprendido a mirar. Y a dibujar. Cuando he creído que manejaba la línea he ido al color. Esto es reciente, en verdad, y espero decir con el gran Whitman: "...comienzo a cantar hoy y no terminaré mi canto hasta que muera".

P E D R O O L M O S

UN DRAMA MAS DE JOHN GUNTHER

Desde MEXICO

"Inside Latin America". Tal es el nombre del libro recientemente publicado por John Gunther, autor de "Inside Europe" e "Inside Asia". Para documentarse hizo un viaje rapidísimo por la América española, recorriendo 18.938 millas por aire, sin contar muchísimas otras por tren, barco y automóvil, habiendo visitado 20 repúblicas hispanoamericanas y entrevistado a 17 presidentes y a 18 secretarios de Relaciones Exteriores, en el espacio de cinco meses. Se trata de un cuadro hecho a beneficio del público norteamericano, por un norteamericano que trata de interesar a la mentalidad norteamericana. Ha recogido muchas anécdotas en los países que visitó a "vuelo de pájaro", algunas de ellas más que sabrosas y que, naturalmente embobarán al lector norteamericano de tipo medio; pero es imposible exigir, en tales circunstancias, un estudio profundo que ilumine los problemas latentes de nuestros países y lo que se refiere a nuestras relaciones con los Estados Unidos.

Lo que sorprende en estas páginas, sobre todo tomando en cuenta las relaciones interamericanas, es el afán insistente del autor al emplear lo que menos hubiésemos imaginado: el sistema hitleriano de amenazas. En el capítulo relativo a México estalla en esta frase: "Los Estados Unidos están, por supuesto, en posición excelente e irresistible para expresarse en México si hubiese necesidad. Nuestra frontera está contigua y nuestros bombarderos muy cerca. La dependencia de México de nuestro mercado es casi absoluta. Asimismo, en cualquiera emergencia podríamos negarnos a comprar la plata mexicana o a reducir drásticamente el precio de la plata, lo que sería un golpe paralizador".

En el capítulo destinado al Perú dice: "Una astuta maniobra llevada a cabo por los Estados Unidos ha sido la de promover una serie de vuelos de bombarderos entre la Zona del Canal y el Perú. Durante el año último, las fortalezas volantes americanas, los aeroplanos militares más impresionantes del mundo han "circulado" tranquilamente a lo largo de la costa occidental; bajaron en Lima, recorrieron el país y llevaron y trajeron a oficiales peruanos en visitas "no oficiales" hasta Panamá. Este es un procedimiento que deberíamos extender hasta otros Estados latinoamericanos. El poder aéreo americano es impresionante". Y más adelante escribe: "Debemos mantener nuestra posición como indisputable en esta área (el Caribe) hablando suavemente si es posible, pero hablando fuertemente si esto es esencial" (pág. 413). Y así continúa Mr. Gunther.

En estos momentos, en que en la América española nos empeñamos en la defensa de la democracia, creyendo en que ella será la verdadera salvación de nuestros pueblos, no es gentil la manera con que nos trata Mr. Gunther. ¿Qué puede reprochar entonces a Hitler y sus métodos? Es evidente que el autor de este libro no puede ser menos oportuno, y, a juzgar por el tono que emplea, los dictadores hispanoamericanos no le inspiran mayor rechazo, salvo los ya desaparecidos y que de ningún provecho pueden servir a los intereses que él defiende. Por ejemplo, su admiración por Getulio Vargas salta a cada paso y acaba por decirnos cínicamente: "Podrá no gustarnos el hecho de que en este país esté implantada una dictadura, pero un Brasil fuerte, estable y amigo es mucho más importante para nosotros que sus libertades cívicas domésticas". Y en cambio la figura de Luis Carlos Prestes aparece borrosa, sin interés, al lado de Alzira Vargas, que fué su "deliciosa intérprete" en una entrevista con el dictador.

Mr. Gunther ha batido un verdadero récord para escribir las 480 páginas de su texto durante la visita relámpago a nuestra América. Sabemos muy bien que en la capital del Perú estuvo tan sólo cuatro días, en los que se negó a entrevistar a ningún peruano que no fuera Haya de la Torre o a dos o tres funcionarios del gobierno, contentándose con recibir informaciones de algunos compatriootas suyos que desde hace algún tiempo residen en aquel país. Por esta razón, quizá, ese capítulo resulta uno de los más débiles. Es que Mr. Gunther no ha podido captar los infinitos matices de ese país, que es tal vez el más interesante de Sud América. Nos dice que —"cosa increíble"— no hay censo desde 1876. Ignora que, precisamente, el censo general se había verificado en el Perú en 1940 y que las cifras de él se publicaron a mediados de 1941, cuando aun no había aparecido su libro, y, por lo tanto, las que él da son enteramente falsas, afirmando —por ejemplo— que hay 32.000 japoneses, mientras las cifras del censo arrojaron solamente 13.000. Se sorprende Mr. Gunther de que el Banco Italiano y la Casa Gildemeister no estén en las listas negras; pero si hubiera indagado a fondo, habría sabido que dicho Banco sólo es italiano de nombre, ya que se fundó en Lima hace 50 años con capitales peruanos, a iniciativa de algunos italianos residentes allá y que allá habían hecho su fortuna; que la mayoría de los actuales accionistas son peruanos, y que el señor Salochi, antiguo gerente, es tan dueño de dicha institución como podría serlo del National City Bank su gerente en Nueva York. Y si la negociación Gildemeister no está en la lista negra es porque sus dueños son igualmente peruanos. ¿Acaso alguien se sorprendió porque Wendoll Wilkie, descendiente de alemanes, lanzara su candidatura a la Presidencia de los Estados Unidos? Nada de extraordinario hay, asimismo, en que un Gildemeister, descendiente de alemanes, haya sido Ministro del Perú en Alemania.

Cuando se refiere a Puerto Rico, utiliza sombríos colores. En efecto, si desde 1898 nada han hecho los Estados Unidos por los puertorriqueños —usamos sus palabras—, es eso en realidad el fracaso más absoluto en materia de colonización o es que ha habido indiferencia por la suerte de un pueblo de raza mestiza. Por eso, adelantándose a los acontecimientos, Mr. Gunther afirma que para su país sería un problema terrible hacerse cargo de las islas del Caribe, que tienen "poblaciones poco desarrolladas socialmente, enfermas, analfabetas y de sangre mestiza" (volvemos al tema del racismo), y sugiere la posibilidad de que el Canadá se haga cargo de ellas (pág. 421).

En cuanto a la pobreza que Mr. Gunther ha observado

en algunos países hispano americanos y que considera ser uno de los problemas capitales, debe tener en cuenta que la mayoría de estos países, a fin de poder vender sus productos a los Estados Unidos e Inglaterra, se ven forzados a desvalorizar sus monedas y en cambio de esas materias primas vendidas a precios bajísimos, no tienen más remedio que pagar por las importaciones americanas e inglesas en dólares y en libras esterlinas. De este modo se ha empobrecido a la mayoría de la población para el beneficio de unos cuantos exportadores que así pueden acumular, en poco tiempo, grandes fortunas, sin que dejen algo en favor de los países en donde las han hecho (hospitales, escuelas, etc.). Antes de 1939 el peso mexicano, el argentino, el sol peruano, valían alrededor de 2 a 2.50 por dólar y hoy están a 4.86 y 6.50; y esto no es porque la producción haya disminuído, sino porque la política financiera de los grandes Estados obliga a los gobiernos sometidos a ellos a esa desvalorización, en perjuicio de las colectividades hipanoamericanas.

No ha estado muy oportuno, pues, en sus apreciaciones Mr. Gunther, por lo menos para los lectores de nuestra América. El título de su libro no corresponde a lo que contiene; no puede ser más superficial. No creemos que, afanados como están ahora los Estados Unidos en la labor de buena voluntad con sus vecinos del Sur, haya sido éste el momento propicio para hablar de aviones y de escuadras. He aquí cómo Mr. Gunther ha perdido una espléndida oportunidad para asociarse a los sentimientos amistosos y elevados de su país, que son la reafirmación de la Política del Buen Vecino.

"Inside Latin America" nos puede seguir brindando nuevos motivos para recalcar algunos hechos que, ojalá, sean apreciados por quienes tienen fe en que después de esta guerra la América española encontrará mejores condiciones para desenvolver su economía y enriquecer su personalidad.

México, D. F., abril de 1942.

RAFAEL HELIODORO VALLE

HOMBRE DE AMERICA Y AMERICALEE

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que desde la fecha el núcleo editor de HOMBRE DE AMERICA ha resuelto desvincularse absolutamente de la Editorial Americalee, a cuya creación contribuyera.

Los motivos de esta separación son de índole económica, ya que, imposibilitados de atender en forma simultánea la publicación de libros y la revista, hemos resuelto dedicar todas las energías hacia lo que para nosotros es fundamental: la aparición regular de HOMBRE DE AMERICA.

Establecida esta desvinculación, corresponde que todo lo referente a aquellas ediciones de libros sea dirigido directamente a la nueva empresa que se ha hecho cargo de "Americalee".

BOLIVAR Y EL DESTINO DE AMERICA

Desde BOLIVIA

Por ABRAHAM VALDEZ

POR primera vez, los países indoamericanos —como bloque continental—, confrontan una situación decisiva para su destino político. La tremenda realidad de la guerra, en la que se define el futuro del mundo, nos afecta con todas sus consecuencias. No ha sido la fatalidad ni el azar que nos lleva a ese extremo. Pueblos cuya razón de existir se basa en la libertad, tenían el deber —imperativo—, de afiliarse en el frente que lucha contra la dominación más brutal de todos los tiempos.

Los pueblos, en sus grandes decisiones, tienen que inspirarse en su historia. Recurrir al pensamiento de sus hombres señeros, que es como su patrimonio espiritual. Para orientarnos, para fortalecer nuestra fe, en el momento crucial que vive el continente, ningún personaje del pasado más sugestivo y grande que Bolívar, para referirnos a él.

Bolívar puso al servicio de la Independencia, sus desvelos, su voluntad —implacable como las fuerzas elementales—, su fortuna, su genio militar y su sabiduría de hombre de Estado. Por eso se polariza en él, todo el odio de los que fueron sus enemigos —realistas y traidores—, y toda la admiración de sus contemporáneos y de los que, por su obra, hemos nacido en patrias libres. Ganó y perdió "sus" batallas, hizo la guerra a muerte, no para conquistar sino para manumitir; no para subyugar pueblos, sino para darles la oportunidad de encontrar su destino. A su cortejo de vencedor, no siguieron multitudes serviles y fanatizadas, sino hombres con una nueva esperanza o esclavos para los que se dibujaba el horizonte de su liberación. Venció a los rudos soldados de España, venció a los elementos de la Naturaleza y, se venció a sí mismo, al rechazar las humanas ambiciones, que quiebran toda grandeza. Por eso pervive como Don Quijote, creación irreal y espíritu no encarnado del genio español. Este es el Hombre de América, "el héroe por excelencia representativo de la eterna unidad hispanoamericana", como lo llama Rodó, a quien debemos volver los ojos en el grave trance que, desde la Independencia, sobreviene en el continente.

Será necesario, entonces, referirnos a sus ideas políticas, a sus pensamientos que aun después de su muerte, vienen ganando conciencias, en la dilucidación de cuáles son los sistemas que más se avienen con la dignidad del hombre y al bienestar de los pueblos. Ninguna doctrina como la democrática —se entiende que superada y aplicada a las nuevas formas de convivencia que plantea nuestra época con su incuestionable sentido de justicia social—, mantiénese en plena vigencia y resiste la acometida de sus contrarios. Y es que ella permite el ejercicio de la libertad en las comunidades organizadas como Estados. Ningún régimen como el republicano, es compatible con el desarrollo ilimitado de las aspiraciones colectivas e individuales. Por eso, invocando esos principios democráticos, que no admiten privilegios de nadie, Bolívar fué el agonista de la independencia americana. Y, cuando se liquidó el coloniaje y los pueblos liberados debían seguir un derrotero, Bolívar señaló el régimen republicano para conformar el gobierno y las instituciones de los pueblos libres.

Es con Bolívar que en nuestro continente cobra su sentido y su realidad la palabra **populus**, la palabra pueblo, como única fuente de soberanía. "¡Que la autoridad del pueblo sea el único poder sobre la Tierra!". "Sólo el pueblo conoce su bien y es dueño de su suerte, pero no un poderoso, ni un partido ni una fracción; nadie sino la mayoría es soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo, y su potestad, usurpación", dice en sus impecables discursos.

Este su apego a los principios cuya aplicación costó a otros pueblos —antes que a los nuestros—, sangre, sangre de mártires y sangre de opresores, no era una manifestación romántica, como quiere dar a entender cierto comentarista europeo, al extremo de afirmar que Bolívar hizo de la libertad una "idea poética". No hay tal romanticismo ni poesía. El fuego de sus proclamas era tan violento como el fuego de sus cañones y él, realista por excelencia, no conoció el opio de la quimera, sino el choque de las fuerzas que se oponen. Es posible que su fantasía de guerrero, siendo joven, hubiésese extasiado con las hazañas de Alejandro o de César, pero era enemigo de los "fieros conquistadores" y de los "crueles conductores". No fué cesáreo en el orgullo ni en los métodos. Ni menos prendió en él la ambición, al modo de Bonaparte, el Emperador. Sus ideas políticas son tan claras que resisten todo análisis y, sus convicciones democráticas tan firmes, que aun en los momentos en que era necesaria la fuerza —cuando la demagogia parasitaria de sus acólitos, ponía en peligro las instituciones creadas—, no la aconsejaba. Son suyos estos enunciados: "El sistema militar es el de la fuerza y la fuerza no es el Gobierno". "En las guerras civiles es donde el derecho de gentes debe ser más estricto y vigoroso, a pesar de las prácticas bárbaras de las naciones antiguas", prácticas, añadimos, hoy en plena ejecución en los regímenes totalitarios.

Bolívar no sólo fué Libertador. La batalla de Ayacucho, ganada por Sucre, pudo cerrar el ciclo heroico de la guerra por la independencia. Pero, la misión de Bolívar creador, no concluyó allí. Tiene aún que redactar los estatutos que debían regirlas. Y, como si no bastase esta nueva revelación de su genio, debe ser el hombre que, con su poder y prestigio, salvaguarde del caos a las nacientes repúblicas. Así se convierte en "padre de pueblos", como con palabras sencillas pero hondas, lo nombra otro libertador, José Martí. No encontrando un adjetivo que encierre, mucho o algo de sus calidades —fué tan múltiple Bolívar—, que el cubano lo llama "hombre solar". ¿Definición panteísta? Simplemente metáfora estelar. que lo proyecta al infinito... Y así fué Bolívar, nuestro Bolívar eterno.

Que nuestra devoción no nos conduzca al lirismo y volvamos a pisar tierra firme. Consumada la Independencia, las repúblicas, con sus gobernantes novicios y sus leyes frescas de tinta, se aprontan a la marcha, al alcance de sus destinos. ¿Cuál será el destino de esos veinte pueblos, que nacieron deslumbrados con el aliento heroico de sus triunfos, pero dispersos, sin guías, sin recursos, sin fe en su ya propia existencia? Así debió preguntarse el padre Bolívar, con la angustia de todos los creadores. Y, sólo él, columbró el destino de Indoamérica. En sus largas caminatas, al lento compás de su cabalgadura, sobre las sábanas semitropicales o tramontando los Andes, cuando iba al alcance de la muerte —desafiándola— o en el vivac del guerrero o la posada del gobernante que dicta decretos sobre la marcha, Bolívar cavilaba sobre el destino de los pueblos que ya existían en su corazón de iluminado.

¿Independencia? Sí, pero sólo las naciones poderosas pueden defenderla. Es con esta idea que formó la Gran Colombia y fué su obsesión política, la confederación de los países ya independizados. Así llegamos al meollo de su pensamiento de estadista, a su proyecto más atrevido.

Bolívar recorrió Europa. Fué testigo de la aventura napoleónica —hombres que se inmolan por un conquistador, pueblos que se abaten ante un poder demoníaco—; previó el crecimiento de esas naciones que, por su capacidad técnica y el desplazamiento de su economía estaban orientadas, fatalmente, al imperialismo. Estuvo en Norte América y dedujo la capacidad de expansión de sus Estados que, si bien se asentaban en la democracia, rendían culto a Shylock. ¿Qué porvenir le esperaba a un continente con escasa población, con grandes riquezas potenciales y desguarnecido? ¿Y si más tarde las guerras ya no se circunscribieran sólo a las naciones, sino que las hegemonías continentales se decidiesen en los mares? Estos temores, no de profeta sino de previsor, fortalecieron más y más su ideal confederativo y, acendrándolo, llegó a formas precisas, en su definitivo proyecto del Congreso de Panamá.

En 1813 le escribe a Mariño: "Divididos, seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y de los neutrales". En 1815 propugna "un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios para tratar sobre los altos intereses de la paz y la guerra". Más tarde, sus ideas sobre política internacional, se perfilan con mayor claridad, en función exclusiva de los intereses de las naciones hispanoamericanas. En los mensajes que dirige a los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata y otros, en 1824 y, refiriéndose al Congreso de Panamá, les dice: los "invité para que formásemos una confederación, y reunidos en el Istmo de Panamá u otro punto elegido a pluralidad, una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado **nos sirviera de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes**".

Transcritos estos pensamientos, podemos ya afirmar que Bolívar tuvo la certera intuición de los actuales sucesos. Su gran sentido previsor, alentaba sus afanes por unir a nuestros pueblos no sólo por vínculos culturales, sino llegando a la forma más radical de un planteamiento político: a la confederación. Y bien sabemos que ésta incluye el aspecto militar, sobre todo, en el aspecto defensivo.

Es evidente que Bolívar tuvo continuadores en su obra: Lucas Alamán, el mexicano, y el mariscal Santa Cruz. Pero casi un siglo lo separa de sus nuevos exegetas.

La guerra desencadenada por las naciones totalitarias, guerra de conquista, guerra que destruye, precisamente, la independencia de los pueblos, ha dado lugar a que ocupe el primer plano de la política internacional del Nuevo Mundo, el panamericanismo, que es una aplicación de la doctrina bolivariana. Rectificado en sus primitivos alcances, el panamericanismo es hoy el instrumento de nuestra propia garantía. Lo alienta un principio de solidaridad y lo respalda el imperativo vital de la defensa. Nuestra adhesión al panamericanismo no entraña un alejamiento de las ideas de Bolívar. Es más bien una aplicación de su doctrina; la realización de sus anhelos. Y, para que esto ocurra, ha sido necesario que el peligro se proyecte, amenazador, sobre nosotros; que se descorran los ocultos designios de los imperialismos totalitarios, con relación a Indoamérica, para que alcancemos a comprender, al fin, en toda su magnitud, las angustias del Libertador.

LAS CAUSAS PROFUNDAS QUE HAN PROMOVIDO LA PRESENTE CRISIS DEL PARLAMENTO

Nuestra democracia ha ensayado para realizar el camino de la representación popular. Ha hecho del Parlamento su más fuerte sostén, porque, de acuerdo a la doctrina nutricia de las instituciones adoptadas, el Parlamento debe ser el palenque de la dialéctica de las corrientes sociales que trabajan históricamente en la comunidad. Toda aspiración, todo interés, toda tendencia vital, todo ideal dirigido a orientar los destinos de la nación, tiene en él su único órgano de expresión. Su único y su auténtico órgano de expresión; pues, todas las conclusiones que el pensamiento reflexivo puede alcanzar respecto de los problemas concretos que conciernen a la colectividad, necesitan de la sanción legislativa para insertarse en la realidad. Para insertarse en la realidad vivamente, recreándola y transformándola en consonancia con el ritmo del tiempo.

Nada escapa a la virtualidad del sufragio. La amplitud, tan generosa como elástica y vaga, de la doctrina que lo postula, doctrina nacida al calor de una gesta que, por un exceso de reacción, radicó la soberanía en una entidad mística llamada pueblo, cree satisfacer con una ilimitada universalidad de su ejercicio, las exigencias del ideal democrático. El voto no es ya un derecho reservado a una minoría selecta. Es una facultad que todos pueden ejercitar. La lógica de la doctrina, apura sus consecuencias relevando un criterio ecualitario, y es tal la fuerza de ese criterio que, para hacer partícipe de esa facultad al gran número, incluyendo en él a la propia mujer, disloca instituciones como la de la familia considerada como base del orden social por las concepciones jurídicas. Todos pueden ejercitar el derecho del voto. Más todavía: como toda doctrina racional que no quiere ni puede perecer porque siendo racional es verdadera, es también coercitiva y exige que todo ciudadano ejercite con diligencia la potestad que le reconoce y acuerda.

Bajo el clima de esta doctrina, nuestra democracia ha hecho la experiencia de su sistema representativo. Experiencia amplia y multiforme, ¿qué lección, qué enseñanza es la que nos ha deparado? Por más que pueda parecer paradójico que la plena vigencia del principio de la soberanía popular conduzca a negar, en el hecho, el principio mismo, ha ocurrido, entre nosotros, que mientras más hemos exaltado, extendido y rodeado de precauciones el ejercicio del sufragio, menos nos hemos encontrado representados en el órgano de expresión de la voluntad nacional.

Esta es la ruda verdad que tenemos que confesar. Esta es la ruda verdad que confesará todo argentino a poco que, enfrentando a la intimidad de su conciencia, se pregunte si alguna vez sus anhelos, sus aspiraciones, sus esperanzas, sus intereses, toda su responsabilidad ciudadana, encontró repercusión en el seno del Parlamento.

Hemos perdido la confianza en nuestro órgano legislativo. Hace tiempo que el Parlamento carece de la adhesión colectiva, de esa profunda adhesión íntima que da nervio y vitalidad a una institución. Nos ha ocurrido con él lo que ya ha ocurrido en otros países que lo han ensayado en condiciones más favorables que nosotros al haber puesto a su servicio una tradición nutrida y trabajada por largos siglos de cultura. Porque no es una simple coincidencia el hecho, pleno de sugestiones, de que, al día siguiente del pronunciamiento del seis de septiembre, cuyo primer acto fué la disolución del Congreso, Lloyd George nos haya revelado, desde las columnas de "La Prensa", de Buenos Aires, los vicios intrínsecos de la institución y la desesperada disolución del pueblo inglés en presencia de su ineficacia, cada vez más acentuada y notoria. Refiriéndose al palpitante problema de la desocupación, el eminente estadista reconoce que su falta de solución ha acusado, ante su pueblo, "la impotencia del Parlamento", y concluye afirmando que én éste "hay algo impropio", con el acostumbrado y forzado eufemismo del parlamentario.

Ese algo impropio es lo que nosotros decimos falta de fe y juzgamiento definitivo de la institución. Es una desvalorización cuya data cronológica se puede fijar con certeza en la fecha en que se promulgó la ley Saenz Peña.

Pues, bien vistas las cosas, esa ley que "abrió las compuertas que comprimían el sufragio popular", según la expresión del Dr. Ibarguren, respondió al propósito de salvar de la muerte a la doctrina racionalista de donde procede, sin percatarse de la realidad histórica de nuestro país. Ultimo y tardío producto legislativo del siglo pasado que aspira a la vigencia en el ambiente del siglo XX, esa ley parte de presupuestos equivocados.

Atribuyendo a un radical apoliticismo la indiferencia del argentino por las actividades electorales, se ha dado a la tarea de corregirla instituyendo la obligatoriedad del sufragio y señalando a su ejercicio el vehículo del partido político.

A virtud de este designio, no reexaminado ni rectificado hasta ahora, vivimos bajo el imperio de una ideología que ya ha hecho su ciclo. El sistema parlamentario servido por los partidos políticos es un sistema que corresponde al período pastoril de nuestra historia institucional. Estuvo bien entonces y floreció en aquel momento de los grandes debates cuyo recuerdo acentúa la añoranza de las glorias pasadas; pero no corresponde, ni se adecúa, a la realidad de estos días. Por haber querido rehabilitarlo mediante la inyección de una ley es que la vida espontánea, la vida creadora que enriquece al acervo de los valores, discurre hoy bajo la forma de una ideología. Lleva a remolque una norma electoral que no es "su" norma. Lleva a remolque esa ley y a todos los que, iniciados en sus secretos y avezados en sus resortes, viven profesionalmente de ella.

Pues, lo que ha conducido al Parlamento a un descrédito apenas disimulado por prácticas electorales tan complicadas y exageradas como artificiales, costosas y carentes de contenido civil, son menos las dudas que a las veces nos asaltan respecto a la validez histórica de la fórmula racionalista consagrada por la carta fundamental que la inadecuación del sistema instituído por la ley electoral a las exigencias íntimas del alma argentina. Cualquiera sea la actitud que se pueda adoptar respecto a la soberanía popular, una cosa hay de cierto y es que ninguna crítica alcanza al principio, cada vez más claro, cada vez más robusto, cada vez más prestigioso, del autogobierno.

Justamente porque el principio del autogobierno es "nuestro" principio, el principio de nuestra democracia, es que tenemos conciencia de ser una comunidad. Comunidad con un pasado y con un porvenir; comunidad espiritual dentro de la cual el argentino de carne y hueso se realiza como persona en la comunión con los bienes y los valores que ella custodia; comunidad para hoy y para todos los tiempos que comunica resonancias eternas al nombre argentino. Como miembros de tal comunidad, somos responsables en ella. Somos responsables en ella como ella lo es en nosotros. Persona moral, no simple cuerpo gregario; nación y no emporio.

Porque somos nación es que participamos libre y responsablemente en el manejo de los negocios comunes. Libre y responsablemente y no por mandato de una ley que obliga y desconoce el auténtico concepto de la personalidad al sospecharle carencia de virtudes civiles. No existe hombre tocado de sentido ético que no sea esencialmente político. Somos esencialmente políticos. Nuestra vinculación con la comunidad es indestructible. Ella se manifiesta en la labor del educador que medita en la formación de la personalidad, en la obra del trabajo que crea productos, en la actividad del industrial que maneja el fondo económico de la nación, en la creación del artista que decanta las formas de la belleza, en la meditación del pensador que descubre senderos ideales y en la tarea del conductor que vela por los intereses comunes. Somos políticos en el más alto sentido de la palabra y queremos practicar con plenitud el principio del autogobierno. Tanto que, de hoy en más, ningún despotismo, ninguna dictadura contará con nuestra adhesión.

La ley electoral que, de implícito modo, supone apolítico a quien no frecuenta el comité y no se afilia al partido, o a la bandería, crea, de rebote, el profesional de la política que es, precisamente, el único apolítico que conocemos. El único apolítico, porque, si atendemos a nuestra experiencia inmediata, nada parece más claro que el político es el único miembro de la comunidad que carece de función. Elegir un diputado o un senador, en las condiciones actuales, es hacer de un responsable un irresponsable. Más todavía: es poner en las manos de un responsable hecho irresponsable la dignidad argentina.

El país no conoce otra cosa que una multitud de fracciones y banderías cuya falta de coherencia les quita el sentido estructural del partido.

No tenemos partidos orgánicos nacionales. Y si cabe todavía abrigar la posibilidad de que surjan, a virtud del esfuerzo reconstructivo a que parecen dispuestas a entregarse las mejores voluntades, en este esperanzado recomenzar de las cosas, está por saberse si responderán a las necesidades vitales de nuestra conciencia.

Inglaterra tiene partidos tradicionales y densos que actúan con viveza en el escenario nativo. ¿Qué eficacia adquiere el Parlamento con el juego de esos partidos? Si puede valernos aquí el testimonio del mencionado Lloyd George, corresponde afirmar que ninguna, pues, "no ha dedicado en los últimos diez años una atención verdadera al urgente problema de la crónica depresión económica y la desocupación cuyos efectos está sufriendo la nación. Estados Unidos posee partidarios de vigorosa estructura y ¿qué son esos partidos sino trustificaciones del sufragio para servir una timocracia?

No tenemos partidos orgánicos, y la actuación de las fracciones, más o menos locales, que llevan este nombre están dando lecciones que nos hacen sospechar que mejor es no tenerlos. Bien vistas las cosas, eso que se ha dado en llamar el "turno de los partidos", lejos de ser una actitud inherente a la dialéctica de las corrientes sociales que pretendan encarnar, sólo acusa la reacción instintiva y defensiva de la comunidad que levanta a un partido que es malo en el llano para aliviarse del otro que es peor porque está en el poder. Tal es la única alternativa que le depara la ley electoral que organiza el ejercicio del sufragio.

Alternativa tremenda que nos asfixia en los términos de un dilema de hierro. Pues, para la gran masa ciudadana que no está adscripta a ningún partido —¡et pour cause!— no le queda otro camino, al ejercitar el derecho obligado del voto, que decidirse por la lista de candidatos que le ofrecen los bandos que aspiran al poder. Por donde resulta que, en última instancia, son los bandos, y, con mayor rigor, los caudillos que los manejan, los únicos reales depositarios de la voluntad nacional.

¿Es esto admisible? El designio legal que preside la ley se ha percatado de esta grave dificultad y ha creído anticipar una respuesta satisfactoria con la advertencia de que el remedio se encuentra dentro del propio partido. ¿Qué es esto sino querer curar el mal con la enfermedad? ¿No nos ha convencido acaso de la ineficacia de esa receta la experiencia de los países en los que grandes agrupaciones políticas han polarizado con tendencias distintivas las masas de sufragantes?

Parece innecesario detenerse a examinar la incapacidad del partido político para afrontar los problemas vivos de la comunidad.

Mesnada transeúnte o agrupación coordinada, el partido se ha propuesto siempre un inventario de problemas. ¿Cuántos de estos han obtenido solución? ¿Qué solución ha merecido la situación de la agricultura, que afecta al soporte básico de la economía nativa? ¿Qué solución argentina ha obtenido la penetración del capital extranjero? ¿Qué concepto nuestro del trabajo hemos inaugurado y orientado en disposiciones legales? ¿Qué orden hemos procurado a las industrias nacionales? ¿Qué rumbos ha recibido el problema de la educación nacional? Todas estas cuestiones, que cobran vagas resonancias en los programas de los partidos y que se utilizan como recursos proselitistas en las vísperas electorales, han escapado, hasta hoy, a la influencia decisiva que la doctrina consagrada atribuye al partido y al Parlamento.

El juicio que resulta de la aplicación del criterio valutativo acorde con la institución, no le es favorable. Lejos de ello, nos decide a pensar que el sistema del partido como única organización del sufragio es una técnica fracasada. No responde a la finalidad doctrinaria y nada parece ser, hoy, más urgente que excogitar otro medio para reemplazarla.

Esta necesidad señala la tarea más alta y difícil a que nos enfrenta la crisis de nuestras instituciones. Pues, si realmente aspiramos a purificar la vida política devolviéndole su recto sentido, debemos hacernos cargo de las causas profundas que la han perturbado y desnaturalizado.

¿La fórmula? No poseo la fórmula salvadora. Nadie la posee todavía; pero muchos la buscan. Tengo para mí que lo que nos conviene es instaurar una democracia funcional porque me parece ser la que responde con más eficacia a una expresión de la voluntad nacional que sea móvil, rápida, fluyente y dinámica, como lo es la vida moderna. Forma ágil y presta que se acomode a las sucesivas variaciones del flujo vital, forma que disponga del recurso inmediato y no la pesada maquinaria que hoy nos dicta una ley de emergencia muchos años después de pasada la necesidad que la reclamara, como lo muestra la situación de la agricultura indefensa y a merced de la especulación de la banca internacional, como lo muestra la situación del petróleo, como lo muestra la situación de las clases pobres, como lo muestran todos nuestros problemas irresolutos.

No poseo la fórmula salvadora. Pero está fuera de duda que sólo podrá encontrarla quien sepa compenetrarse de las aspiraciones de la conciencia argentina en este momento de su historia y pueda revisar el sistema vigente a la luz de un orden acorde con ella.

No es esta una misión que pueda ser encomendada al partido político. A ningún partido político se le puede pedir que se decrete el suicidio, o que, por lo menos, comparta con otros órganos de nueva creación el manejo de la política nacional.

Es una misión que incumbe a la reflexión comprensiva y creadora. Está ahí todo su contenido.

Su contenido, que no puede ser otro que el dotar de formas adecuadas a la expresión de nuestra conciencia para que la tierra de los argentinos sea tierra de productos que plasman en creaciones originales la eternidad de su nombre.

Dr. SAUL TABORDA

EL RAYO DE SOL

Por el tragaluz penetraba un rayo de sol que en verano se adhería corvo al trecho abovedado donde simulaba un alfanje fantástico suspendido sobre cincuenta y tantas cabezas de patíbulo; más tarde, con la llegada de los fríos, íbase bajando hasta que se demoraba dos o tres meses en el suelo, bañando de luz la cabeza de Pascasio que aparecía entonces tocado por la gracia divina, tal como nos representan a los santos los cuadros religiosos. Y Pascasio, el delincuente más feroz de la galera, sentado bajo la caricia solar que nadie atrevíase a disputarle, dormitaba o asaeteaba a sus compañeros con miradas rabiosas. Esto último era cuando carecía de cigarros o tenía hambre, es decir, frecuentemente.

Poco le costó conquistar el derecho a aquel puesto; poco, no obstante haberse visto precisado a reincidir en el delito que le proporcionó la ocasión de evaluar un rayo de sol.

Sonreía él enigmáticamente viendo temblar a sus compañeros por las fiebres que causaba la humedad, y nunca se dió el caso que cediese, por temor o piedad, a amigos o a enemigos, el calorcillo, o más bien, la alegría de **su rayo.**

Yo, que vivía también en aquella cueva, tenía por vecino a un anciano tísico que probablemente no pasaría de aquel invierno, desde cuya entrada los vómitos de sangre le habían venido repitiendo con una frecuencia asesina. Ya nada quedaba de él a no ser la simple armazón recubierta por el pellejo que en muchos lugares caía en pliegues flácidos y apergaminados.

Una mañana el viejo se levantó espantosamente desfigurado; la noche anterior había sufrido una hemotisis atroz. Los ojos parecían bailarle dentro de las órbitas, sugiriendo su rostro un muñeco grotesco de esos que traen los espejitos de juguete, que sirven para demostrar la habilidad colocando cuentecitas de azabache en las cuencas simuladas.

Era un **asco** con alma que yo deseaba íntimamente ver morir **de una vez.** Aquella mañana el viejo —se llamaba Matías— me dijo entre una tos y un esputo:

—Oye, yo todavía podría salvarme.

—¡Eh! ¿Salvarte tú?

Hay ocasiones en que uno rechaza el disimulo aun a pique de dejar de hacer un bien, de dar un consuelo, por creerlo una burla y hasta muchas veces por simple instinto de rebeldía ante ciertas ingenuidades. Esto me sucedió a mí al oir la absurda salida del viejo.

—Sí, salvarme —insistió—; con sólo una cosa me salvo. Por lo menos no moriré este invierno como éstos dicen y... como me dijiste tú mismo ayer, cuando sin intención te escupí la mano. Sí, con una sola cosa.

Y se quedó moviendo la cabeza sujeta al tronco por los tendones revestidos del pellejo desinflado y hecho dobleces, como en espera de mi pregunta.

—¿Con una cosa? ¿Cuál?

El viejo sonrióse como un chiquillo que se ruboriza al pedir algo que cree de difícil logro. Aquella puerilidad me conmovió y le dije suavemente:

—Dime, Matías, abuelito, ¿qué necesitas?

Todavía hizo un arrumaco de coquetería tímida con su cabeza aquelarresca y demoró:

—¡Es tan difícil!...

—Pero acaba de decirlo — exclamé encolerizado.

Escondió la frente entre las manos muertas.

—Escucha —me dijo— no te pongas bravo.

Y mirando a todos lados con inquietud cómica, dirigió los granos de los ojos sobre Pascasio.

—Sí —continuó apagando mucho la voz que silbaba—; si ese me cediese su puesto para calentarme.

Como asustado de lo que pedía y para ocultar su turbación quiso fingir un acceso de tos que brotó de súbito fulminante, haciéndole temblequear los labios y los granos de los ojos que amenazaron rodar por el suelo.

—¡El puesto de Pascasio!

—¡Ah, ya ves! Entonces sí; ¡me muero, me muero!

Y sin poder llorar, pues las lágrimas se le debían quedar en el fondo de las cuencas demasiado grandes, púsose a quejarse nerviosamente:

—Yo moriré este invierno como éstos dicen; ¡como dijiste tú! ¡Como dijiste tú cuando te manché las manos sin querer!...

Me determiné.

—¿Qué puede suceder? — me dije.

Miré a Pascasio; era tosco, pero no innoble. Al encontrarse nuestras miradas, y pese a la frialdad de la suya, noté un algo en ella que me alentó, un algo límpido, sereno. El sol le bañaba la faz. Si, no había duda, era un hombre accesible a la comprensión. Si algún temor sentía por mi falta de elocuencia, pues pensaba que a un hombre tan bruto como aquél sería necesario meterle las ideas a martillazos. Sorprendiéndome comenzó él, diciéndome antes de que se hubiese exteriorizado mi intención de hablarle:

—¿Qué quieres? — y acompañó la pregunta con una sonrisa que me dió valor para comenzar mi discurso que brotó entre hipócrita y atrevido...

—Sí —continué—; debes darle tu puesto por unos días; él está ya muerto y, ¡quién sabe!, puede obrar un milagro. Imagínate lo que puede la sugestión. ¡Qué dicha para ti si le salvas!, ¿eh? Acaba, ¿me das el puesto?

—Convénceme primero, convénceme.

Y se detuvo un instante como para dejarme continuar, pero de pronto estalló:

—Mira, todo sería en vano; estamos en la sentina y aun conservamos las caretas. ¿Que acceda, dices? ¿Por bondad? La bondad no existe, la bondad responsable y consciente, no existe; no creo en ella y en su nombre no concedo nada. Todos somos malos. ¿Ves esa canalla que nos observa? Es lo mejor de la sociedad, porque son los menos hábiles, los más sinceros, los más desdichados: "Hasta por negocio se debe ser honrado" —dijo el cura que nos sermoneó la otra tarde—. Pues bien, siendo los mejores son unos viles. Dime, ¿qué es lo que más se odia aquí? ¿Al delator, verdad? Pues oye, todos tienen, todos tenemos la delación en la sangre; nos contiene el miedo al desprestigio, el pudor, la careta; pero en el fondo todos somos delatores y por eso maldecimos tanto al que se descubre, despechados por el valor manifiesto de que es capaz al imponerse a tamaño prejuicio. ¿Y sabes por qué todos lo somos? Porque es con la delación, con el **chivateo,** con lo que se puede hacer más daño.

Yo, asombrado, pensaba dónde iría a parar con todo aquello. El continuó:

—¿Qué es lo que más se elogia? La rebeldía, ¿no? Pues sigue escuchándome. Piensa en un rebelde, el que más suene. ¿Lo ves? Va por el patio principal; contraviniendo el reglamento lleva la guerrera desabotonada; al cruzar por la fuente del jardín divisa al Jefe que viene a su encuentro y ni un músculo de su rostro se contrae: es un valiente, ni se abrocha la guerrera, ni cruza los brazos, ni se detiene en señal de respeto y hasta se alegra de no pasar inadvertido, que el **amo** lo vea, y lo requiera, y lo castigue; él demostrará su entereza sufriendo el castigo lo mismo que demuestra su rebeldía despreciando el peligro, orgullosamente. ¿Ya? Vuélvetelo a imaginar ahora; va subiendo una escalera del **interior;** ve al Jefe e instintivamente se lleva la mano al cuello de la camisa por si lo tiene desabotonado; se detiene, cruza los brazos y hasta insinúa una sonrisa. ¿Comprendes? ¿Ves lo que hace cambiar totalmente al rebelde? La escalera está desierta y en el patio principal siempre hay curiosos.

¿Y los moralistas del presidio, flor y nata de todos los moralistas del mundo? Di, ¿qué me dices? ¿Crees en ellos? ¡Yo te digo que cuando se esconden debajo de las sábanas se los come el sensualismo por las patas.

Se detuvo mirando severamente a un grupo que se había formado a nuestro alrededor y que retrocedió sin disolverse. Después, sonriendo con amargura, continuó:

—Y ahora tú que llegas a mí con la predicación de un nuevo apóstol, ¿qué eres en el fondo? Pantomima. Te acercas casi llorando, conmovido, no por la desgracia de ese hombre que se muere comido por la humedad y por la anemia, sino por el sentimiento que crees despertar en mi corazón. Eliges el papel más bello:

—¡Pobrecito, mira lo que hace por ese desheredado!

¿No? ¿No es eso? Y esta noche dormirás mejor sintiéndote bueno, bueno, bueno... Siendo un criminal, como probablemente serás, pensarás que eres un ángel, llorarás, dirás que el Presidente es un malvado porque no te indulta o el Jefe un imbécil porque no te da comida especial; y antes que todo esto el orgullo de haber convencido a la fiera, de haberla hecho llorar... ¡Qué hermoso! ¿Eh? Casi estoy por concederte lo que me pides. Pero oye —dijo serenando la entonación y recogiendo la sonrisa burlona que le bailaba en los labios—, si esa bondad tuya no tuviese recompensa alguna, si no te halagase el conmoverme y el convencerme no te enorgulleciese, si el bien fuese totalmente anónimo, aun para tus vanidades, ¿correrías el riesgo de acercarte a mí?...

—Sí — grité exaltado, sintiendo todas las miradas fijas en mi persona.

Hizo un gesto de contrariedad y me miró fijamente en los ojos.

—Bueno —consintió incrédulo—; y si además de lo que te he dicho te costase lo que me pides cien menudas molestias; como por ejemplo hacer la limpieza que me toca durante un año fijo, durante un año que te verías privado de tu taller y por consiguiente de tu tabaco, sin poder ir a la **cantina,** ¿seguirías tu propósito?

—Chico, tú sabes —respondí algo acorralado— que hace más de un año que cuido de él, expuesto al contagio, enflaquecido por el asco, manchado por los salivazos llenos de sangre, y persisto; te consta.

Me interrumpió, otra vez, colérico:

—¡Teatro, teatro! Tienes mil espectadores; tu fama crece, los Jefes te llamarán de un momento a otro para elogiarte; y además — gritó con fuerza— te mantiene firme en tu sacrificio una esperanza, un rayo de sol más caliente que el mío: que el viejo se muera pronto; desde que cargaste con la mochila crees que cada día nuevo será el último de ese muerto prodigioso. Te he estudiado bien, convéncete —siguió al notar mi rubor—. Nacemos malos del mismo modo que nacemos en cueros —irremisiblemente; y casi con los pañales comenzamos a ensayar la careta. Así como dejamos las ropas a los pies de la tarima al acostarnos, dejamos la careta fuera cuando interiormente nos miramos, y conste que no echo en olvido que por lo regular dormimos con la ropa interior cuando no vestidos por completo—. Terminó con una sonrisa de lástima.

Yo marché alelado; en todo el cuerpo un cosquilleo de cobardía. ¡Dios mío, malos por instinto y malos por convicción!

Me detuve en el centro de la covacha y miré a todos con una piedad profunda y oré por mí, por la piedad de todos.

Al acercarme a Matías, que estaba con la boca entreabierta llena de sangre coagulada, los ojos bizcos, **muerto**, casi me desmayo.

Unas semanas después todo seguía igual en la covacha. Yo no sabía si alegrarme o no de la muerte de Matías; más bien lo extrañaba. A pesar de mis esfuerzos no logré entablar de nuevo conversación con Pascasio, que desde la última aventura se había tornado más díscolo y sombrío. Y los días se sucedían con una monotonía desesperante. Unicamente en el taller lo pasaba algo entretenido, por más que trabajase sin gusto alguno.

Un día regresé del taller intempestivamente. La galera estaba vacía y tan sólo, al fondo de ella, donde la penumbra se rompía por la acción del rayo solar, divisé a Pascasio. No me vió llegar, estaba de espaldas a mí y se entregaba a la extraña faena de embardunar un gato sarnoso y viejo, que hacía tiempo vivía con nosotros, con una mezcla de azufre y aceite. Terminado que hubo lo colocó debajo de la luz y quedóse contemplándolo. Yo, asombrado, no me atrevía a hacer el menor movimiento.

—Musulicundi, Musulicundi —dijo Pascasio, moviendo la cabeza—, estarás sarnoso mientras no hagas más que comer ratones. ¿No te basta con la carne que te guardo? ¿Te figuras que yo también no paso mis hambres? Todos, lo oyes, todos, tenemos derecho a la vida...

Se interrumpió. Había levantado un poco la cabeza y noté que se estremecía violentamente. ¿Me había sentido? Tuve la certeza de ello y ya iba a hablarle cuando cogiendo el gato por el cuello lo lanzó frenético contra la pared, al pie de la cual quedó, después de un salto tremendo, exánime.

—¡Vete! —gritó volviéndose con furia—. ¡Cuídate de no meterte más en mi vida!...

Su rostro era cruel y no obstante en las pupilas llenas de sombra, como en la galera abovedada, había algo límpido, sereno, como un rayo de sol.

CUBA: CARLOS MONTENEGRO

Una obra de narrador que se distingue por el menor contenido posible de literatura y el mayor abundamiento de jugo vital. La vida tumultuosa se desborda de sus relatos como una corriente sanguínea, pues al revés del escritor apolillado en los infolios y soberbio de letra muerta, Montenegro quiso, desde sus comienzos, verle la entraña al mundo, y aprender, en la propia realidad, a deletrear su tragedia. Fué marino, jornalero, trabajador de las minas y del puerto, y conoció una larga estancia en la cárcel. Su obra refleja ese tumulto de lo vivo sofocado, y eso explica su rebeldía y su ubicación. Es autor de varios libros, y hace muy poco estrenó en La Habana una epopeya dramática, con participación de masas corales y bailables populares y más de cien actores negros, en un intento de crear el primer teatro de masas de América. La obra se llamaba "Tururi Ñan Ñan" (Que todos coman), y fué estrenada en un parque público, al aire libre.

O. C.

Una Mujer en la Ajena Inquietud

Por Aurora BOGU

No concordamos con Guy de Maupassant cuando dice que las mujeres no deben llenarse el cerebro con la lectura. Por el contrario, juzgamos que a medida que la mujer enriquece su espíritu, se beneficia el género humano. ¿Acaso no constituye la mujer-madre el fundamento básico de las sociedades? Posiblemente, en el desencadenamiento de la hecatombe actual ha influído la soberbia y el autoritarismo del hombre, que no ha brindado a la mujer la oportunidad de adquirir conocimientos, ni de cumplir con su elevada misión de formar, con ternura y vocación, otros seres morales y espirituales, otros hombres, otras sociedades más humanizadas, concientes y responsables.

Nos sugieren estas consideraciones las páginas del magnífico libro de Aurora Bogú: "Una Mujer en la Ajena Inquietud". Hay en ellas vida, comprensión, orientación. Porque la autora ausculta a sus oyentes —ya que todas esas páginas han sido previamente transmitidas por radio— y luego aplica, en cada caso, el bálsamo del raciocinio. Aquellas observaciones pletóricas de buen sentido y humanismo del padre o de la madre que han luchado contra las adversidades y la miseria para que sus hijos tuvieran un título universitario, debiendo a la vejez soportar las vicisitudes del hambre o del abandono; ese acertado concepto sobre el dolor, que no deja de tener ribetes filosóficos, al manifestar que "lo único que consuela al doliente es su capacidad de sufrir", diciéndole que el sufrimiento hace bien; su punto de vista sobre la solterona y sobre el matrimonio, como esta frase brotada con plausible sinceridad de la pluma de le escritora, al referirse a los sentimientos amorosos de la mujer: "Tan remota herencia de simulación ha obrado su efecto de tal manera que la mujer es hoy, en amor, una verdadera artista del simulacro", cobrando al hombre —dice— el precio de su aprendizaje. El capítulo de la educación de los hijos está trazado con pinceladas veraces, ilustrativas y altamente sinceras. Aurora Bogú tiene, evidentemente, la virtualidad de expresarse con belleza y lealtad.

La Editorial Ruiz, de Rosario, que se ha hecho cargo de la edición, comparte el éxito con la autora, cuyo primer hijo espiritual contará sin duda con la simpatía de los lectores que buscan algo más que entretenerse: pensar.

Tito L. BANCESCU

DIVAGACIONES EN TORNO DE SISTEMAS Y HOMBRES

HOLLABAN sus pies el polvo de mil senderos, mientras buscaban, afanosos, el verdadero camino. Dejaron de prestar oído al rumor de las cosas, atentos, ahora, al mudo clamor interior.

Parecía que, por primera vez, se iba hendiendo entre ambos el suelo, en una profunda fisura que amenazaba convertirse en abismo insalvable.

—... y llegó, pues, el representante del Manchukuo apenas unos días atrás —había dicho el oriental— para estudiar la organización del país y ver de qué modo se ha solucionado aquí el difícil problema de las razas. El gobierno que lo envía se esfuerza en reconocer sus derechos a todos los grupos étnicos de que está compuesta la población y evitar de ese modo los roces.

A pesar de su turbación, y mientras trataba de mantenerse siempre en una línea de medida en concordancia consigo mismo, respondióle su compañero:

—El latino se ha mostrado, hasta ahora, menos propenso al arraigo de prejuicios raciales que el germano o anglosajón, saturados ambos de necio orgullo. Debido a su posición desahogada, la Argentina no se ha visto aún verdaderamente apremiada por la competencia de grupos etnográficos o culturales, en oposición. Por otra parte, los escasos elementos de color han sido ya asimilados y los indígenas se hallan condenados a la desaparición, casi inevitable. Explicaría ésto, quizá, la ausencia de choques, reduciéndose el problema, actualmente, a las prevenciones antisemitas que algunos oscuros interesados tratan de crear y difundir.

Escuchó el hombre de tierras lejanas y luego develó sus pensamientos:

—El nuevo estado, que surge hoy en Asia, desea asentar su vida futura, afirmándose sobre el principio enunciado por Confucio y denominado **O DO**, o sea "moral del gobernante". Pero la gran diversidad de pueblos y razas, manchúes, chinos, rusos blancos y europeos, hace sumamente difícil la tarea de convertirlos en una gran familia, próspera y fecunda.

Mediado un instante de silencio, prosiguió:

—Igual que muchos connacionales nuestros, ha mostrado su interés profundo en conocer la vida de San Martín y el sentido de su obra.

Presa del asombro, díjole el occidental:

—¿De qué modo puede interesar al representante de un gobierno invasor, la obra de quien es considerado modelo del generoso espíritu de liberación que animaba a las naciones de América del Sur?

Al asombro de su interlocutor, respondió con apenas disimulada irritación, el oriental:

—¡Qué torpeza acaba de decir! ¿Acaso desempeña hoy el Japón otra función que la de liberador de los pueblos asiáticos? Invadió San Martín los países hermanos que **aguardaban su ayuda** y luchó contra el opresor secular que, atenaceándolos, impedía su libre desarrollo.

Sobrecogido por la inesperada réplica, el blanco respondió, a su vez:

—Pero, ¿es que se pretende disfrazar de esa manera la expansión imperialista del Japón en Asia? ¡Y dicen que desean libertar al pueblo cuyas carnes desgarran!

—¡Qué absoluto desconocimiento de la verdadera finalidad de la expansión y conquista de China! Siempre ha admirado y venerado, el país del sol naciente, a su vecina nación hermana, y se ha sentido estrechamente ligado a sus destinos.

—¿Podría acaso no hacerlo —interrumpióle, como acusando, el blanco— si le debe casi todos los valores culturales que posee? De ella recibió la filosofía y religión budistas, que el príncipe Shotoku extendió por su reinado, al constituirlo sobre el ejemplo chino. Llegaron de allí las artes; la pintura, profunda en la concepción cósmica de sus temas; la sabia poesía, que dió origen a los "Waka" y a los "Haiku", primorosos poemas de hondo sentido; la iluminación de su escritura, síntesis de la mentalidad de esa nación, concreta y abstracta a la vez; las ciencias, la moral de Confucio y Mencio, el pensamiento enigmático de Laotsé...

—...sí, todo eso y mucho más. Y ahora acude agradecido en su ayuda, para tratar de poner en orden el caos que la devora. Es necesario hacerle sacudir el yugo de los opresores, y aniquilar a los gobernantes egoístas y venales; eliminar, en fin, los factores que sumen a su pueblo en la oscuridad. En suma, se empeña Japón en crear las condiciones necesarias para establecer sobre ellas, un sistema que esté basado en el sentimiento de justicia y de fraternidad universal.

—De los hechos conocidos por nosotros se deduce que el móvil verdadero es bien otro. Subvertido el orden feudal con el advenimiento de la reforma Meiji en 1868, el comerciante que, en la antigua estructura social, ocupaba el último peldaño, fué ascendiendo hasta dominar las esferas superiores del Japón. Desde allí impulsa hoy a la invasión de China, con la finalidad egoísta de extender sus fronteras comerciales.

—Algo de esa descomposición y desorientación produjo la reforma —admitió el nipón—, pero es en extremo difícil juzgar la posición del Japón sin tomar en cuenta la densidad de la población y los problemas que se derivan de ella, y que sólo hallan solución viable en la expansión.

—...hacia la tierra más superpoblada que existe...

—¿Qué otra cosa podría hacerse? ¿Aceptar el angustioso debatirse en una situación cada día más grave, cuando a un paso, el inmenso imperio desmembrado ofrece enormes perspectivas de resurgimiento que sería beneficioso para ambos? La intención honesta de los militares, convencidos de su misión, es aprovechada por los capitalistas, pero un hondo sentimiento de odio hacia ellos alienta en todos los hombres limpios. Serán despojados, algún día, de su actual poderío.

—¿Por qué no decir simplemente, utilizando un lenguaje franco y claro, que el exceso de población obliga al gobierno a apoderarse de tierras extrañas "manu militari"? Es en el fondo una despiadada lucha por la existencia. ¿A qué, pues, recubrirla con el vistoso ropaje ideológico o religioso? ¿Qué se ha hecho para resolver la cuestión de otra manera que no fuera usando de la violencia? ¿Por qué, en cambio, se fomenta la natalidad? ¿Por qué no se encauza la emigración hacia las regiones que aun permanecen casi desiertas?

—Todas las puertas han permanecido cerradas a nuestro llamado. Las naciones que lo poseen todo, encastilladas en su egoísmo, no han querido ceder ni un ápice, temiendo disminuir el goce de sus comodidades. Entonces, algunas elevadas conciencias de mi tierra han forjado el programa, cuya realización pareció más necesaria y justa. Liberar a China de sus luchas intestinas y de la abyecta explotación extranjera, devolverle el brillo del pasado y el prestigio de su cultura, y, sobre todo, luchar empeñosamente, y afirmar sus propósitos de superación y de justicia social. Luego, reunidos en un solo objetivo y en estrecha colaboración, marchar hacia un futuro mejor. Ya en plena realización, el Manchukuo, debió ceder, no sin resistencia, ante el capital privado, pero sólo de paso y recurriendo a quienes buscaban algo más que su mero beneficio personal.

—La firme decisión del pueblo chino: disputar palmo a palmo el terruño milenario, rociado con sus sudores y lágrimas, demuestra la poca fe que le merecen las bellas promesas que se le hacen. Hubo un error fundamental de parte del Japón. Influído por Occidente e imitando de manera ingenua sus métodos, utilizó el menos indicado de ellos: la fuerza. Si hubiera sabido demostrar la sinceridad de sus intenciones, valiéndose de la agitación espiritual e ideológica, recurriendo a las inmensas reservas del Oriente, quizás hubiera sido acogido con verdadera alegría. Ante una aspiración común, China se hubiera rebelado contra su actual postración. Comprendiéronlo mejor los rusos, quienes, aprovechando las circunstancias, predicaron un ideal concreto que, a pesar de ser radicalmente extraño a la psicología del pueblo chino, arraigó en él, aunque fuera transi-

toriamente. Además, no deja de ser contradictorio que se pretenda imponer una nueva ideología con base moral, si se la contradice al infringir todas sus leyes, es decir, atacando, matando, apoderándose de lo ajeno. ¿No dice Siddharta que jamás podrá albergarse el Espíritu en los fastuosos palacios manchados de sangre? De tener convicciones firmes, un budista repudiaría todo esto, y meditando sobre los hechos, diría que no vale la pena de imponer un nuevo orden basado en la violencia y que la justicia jamás se fundamenta en la injusticia. ¿A qué producir dolor para la adquisición de bienes terrenales que ellos consideran tan fugaces?

—La fuerza no es fuerza si no está respaldada por sólidos principios éticos y si se utiliza con fines mezquinos. En sí misma nada vale y nada puede. Se desmorona y cae, como lo hemos visto en uno de los imperios más poderosos de nuestros días. **Si los nipones no están imbuídos de sinceridad, su obra se perderá en la nada.**

—Probablemente, mas haciendo antes mucho daño; en fin, admitiendo que el objetivo pretendido sea real, ¿cree usted que, una vez dominada China, se establecería verdaderamente un régimen de justicia, substrayéndose al influjo del materialismo cuyo poder, en el extremo oriente, se hace cada vez más grande?

—Las consecuencias de los hechos actuales escapan a mi previsión. Sólo puedo hacer mención de los sanos propósitos que hoy los animan.

Dieron ambos un acompasado reposo a sus búsquedas; luego dijo el blanco:

—Resulta difícil hacer distingos entre el lenguaje que emplean las más opuestas doctrinas. Enarbolan las mismas consignas, y usan palabras semejantes, aduciendo los mismos pretextos. Demuestra esto que, aun las fuerzas arteras que despedazan al mundo, deben utilizar como justificativo promesas, indefinidas, de justicia social. Sólo así se consigue empujar a las masas, cuya sangre se derrama, con la convicción de que se sacrifican por algo. Mediado el tiempo, y cuando los hechos demuestren de qué lado se halla la verdad, difícil de entrever hoy, y todas las falsas consignas que suenan ahora hayan evidenciado su vaciedad, se verá una vez más, que "ningún sistema vale ni puede perdurar si no está basado en la moral y en la verdad".

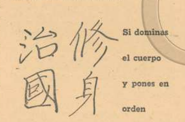
Reflexionando sobre las palabras oídas, buceó dentro de sí, largo rato, el oriental. Dijo por fin:

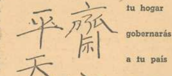
—¡Si tan sólo pudiera Asia desprenderse del excesivo influjo de occidente y volviendo la vista a su propio seno sacara a relucir sus tesoros morales! Fácil tarea sería entonces el gobierno. Un antiguo príncipe hindú, saturado de budismo, decía que, el dominio de sí mismo como primer deber, constituía el fundamento de su reinado. Y que el gobernante había de dirigirse al pueblo únicamente cuando hubiera cultivado su mente piadosa. Luego, sirviéndole ésta de guía, debía expulsar las impurezas de su pensamiento y hacer que, armonizándose la mente y el cuerpo, dominaran las pasiones. Aconsejaba la más amplia generosidad hacia los

Diálogo entre un Oriental y un Occidental

menesterosos y, juzgando la disparidad de temperamentos y caracteres, propensos unos a ver las cosas demasiado bellas, y otros demasiado feas, de acuerdo al modo de ser, resumía su prédica política, insistiendo también en "el cultivo de la mente del pueblo". Usaba de su dignidad de rey y su fuerza para protegerlo. Sabía dar en el momento oportuno y tomar lo debido con medida. A fin de no perjudicar a la población, aligeró las cargas impositivas y apaciguó las inquietudes de los súbditos. De esta manera —decía— sólo puede llamarse rey aquel que sabe ser buen protector de sus hijos y hacerlos felices, compartiendo con ellos sus alegrías y pesares. Seguía de cerca con solicitud paternal todas las alternativas de su vida y acudía en su ayuda antes de que se lo pidieran. Desconocía esa cínica cosa, divorciada de la moral, que llamáis "política". Y fundía la pureza individual del gobernante, con la dicha de su nación. Resultaba de ello una compenetración íntima entre las leyes morales y sociales, y las leyes eternas que rigen el universo. Todavía se cita, como modelo del más acabado sistema de gobierno, el que Confucio grabó en nueve caracteres, cuyo contenido sobrepasa a toda la pesada librería que brotara del pensamiento occidental.

En un trozo de papel escribió rápidamente algunos signos cuyo misterio develó leyendo en voz alta:







Si dominas el cuerpo y pones en orden tu hogar gobernarás a tu país y pacificarás el mundo.

Ante el resplandor de aquella sabiduría, el abismo que amenazaba abrirse entre ambos se colmó de nuevo. Mientras pisaban tierra firme, siguiendo lado a lado, en su búsqueda del Camino, murmuró el occidental:

—¡Cuán cierto es que, todo el arte de gobernar y más aun el secreto de la felicidad humana se encierra en ese precepto, simple y tan difícil a la vez: "domina tu cuerpo". También los estoicos predicaron algo semejante. Y eso demuestra que en todos los tiempos y en todos los lugares, aquellos que lucharon por la superación espiritual, individual o colectiva, comprendieron que la verdad última se halla encerrada, muy hondo, dentro de uno msimo. Mas, todos aquellos que en nuestros días se erigen en liberadores de la Humanidad, ¿han liberado, antes, su propio espíritu? No olvidemos, con relación al empleo de la fuerza, que ésta enturbia aún las más puras fuentes interiores, y que los verdaderos creadores de civilizaciones imperecederas jamás hubieran recurrido a ella.

Quizá sondeando dentro de sí mismo, aligerándose del peso de influencias mezquinas, abrirá sus ojos el Extremo Oriente y verá, por fin, la dolorosa confusión que lo desgarra.

¿No perciben allí, acaso, la discordancia áspera de la argumentación capciosa de los supuestos salvadores de hoy y la voz serena y sabia de los genuinos pensadores asiáticos?

Sus primeras palabras, aun siendo bien intencionadas, llevan el sello que les imprime la propaganda ideológica de los países que se disputan el dominio del mundo. Las últimas, en cambio, brotan libre y espontáneamente y, llenas de profundidad, son humanísimas y mesuradas.

Esta es la verdadera voz de Oriente, cuyo acento revela autenticidad; la otra no es más que un eco que suena a huero y falso.

De sus labios mismos han salido las palabras que quisiera haber dicho yo. ¡Ojalá Asia se desprenda, pronto, de lo que tiene de nocivo el contagio de la cultura europeo-americana, sin que esto signifique rechazarla en bloque! ¡Que vuelva a su seno la mirada y funda su tesoro espiritual milenario con el que forjaran los pueblos de Occidente y que aun conservan a pesar de las tinieblas que los amenazan!

En suma —concluyó—, los gobiernos, sistemas o conductores, que en verdad aspiren a fundamentar en el bien y la justicia la existencia de sus naciones, sólo lograrán hacerlo si lo vivifican y ejercen, primero; **abrigando el sentido de la humanidad, considerada, en conjunto, como Unidad, teniendo una visión clara de su humilde posición en el Universo y del destino que debe cumplir en él, segundo; haciendo primar los valores humanos sobre los de cualquier orden, y considerando, por último, el gobierno como una misión que ha de cumplirse con el máximo de dedicación y absoluto desprendimiento de sí mismo.**

LUIS ORSETTI

HIJOS DE LA TIERRA

El invierno comenzó a suavizarse y no dejaba ya el festón de escarcha a lo largo de las acequias. Reventaban las auroras en el canto de los pájaros arracimados en los árboles, mientras por el espacio cristalinamente azul como el cielo, las golondrinas volaban veloces de alegría.

Frías las mañanas, temblando sobre los primeros rayos de sol, la encontraban a Melcha, azada en mano, abriendo surcos para que el agua regara las raíces de las flores que cultivaba en el jardín.

Una de esas mañanas, frente a los gladiolos azules y las rosas té que en la noche habían nacido, Melcha se puso a danzar, a cantar sobre el agua que le cosquillaba los pies:

Dulce estrellita de olor
cantas en el rosal
que es un primor.
¡Quién tuviera tu aliento,
estrellita que te meces
en los ojos del viento!

Lucerito madrugador
que caíste en una flor,
¡quién pudiera tener tu frescura
para un día de amor!

Melcha danzaba como poseída. El viento venido de los lagos se arremolinaba en su cabellera oscura. El corazón le latía en los labios; los labios resecos sorbieron el rocío de los rosales olorosos ajando sus pétalos. Se asustó:

—Pobrecitas mis flores. ¿Te hacen daño mis labios? ¡Ya no hay quien las riegue, por eso son como los cardos que estrían!

Se levantó la falda y de una enagua de colores sacó un espejito para mirarse la cara. Estaba amoratada por el frío, y más visibles se hacían las arrugas que bordeaban sus pardos ojos.

Vengativa apretó el espejo entre las manos, como si él tuviera la culpa; volvió a mirarse, y dos lágrimas que temblaban en el cabo de sus pestañas le hicieron aventar el espejo al pie de la azada, donde se destrozó al chocar.

En los surcos de la tierra recién removida se mecían con el suave viento mañanero los gladiolos y las pimpinelas, los claveles y los papelillos temblorosos. Más allá gruñeron los cerdos del corral, alborotándose las gallinas. Melcha levantó la vista, limpiándose los ojos llorosos con la manga de la blusa.

Consuelo, la hija última, la miró azorada. Para disimular, arrancó unas hojas de toronjil y se puso a masticarlas.

—Estoy cansada —dijo Melcha, pellizcando un capullo que había arrancado—. Si no fuera por mí, esta tierra estaría erizada y reseca bajo el sol.

—¿Qué te sucede?

—¿Qué me sucede? —preguntó a su vez Melcha, enrojeciendo—. La sangre, hija, que se sube a la cabeza y le trae a uno recuerdos de la juventud.

—Tú siempre viviendo del pasado.

—Es natural, ¡más cuando duele la vida!

—No sabes esperar, querida. Eres muy vehemente.

—Esperar... enterrándose día a día. ¡Bonita esperanza!

Melcha contempló a su hija con una pobre sonrisa herida que se arrastró por la comisura de sus labios.

—Mañana será un día nuevo, llegará la alegría, madrecita mía.

—Mañana... eres tú. Yo apenas soy un débil recuerdo de ayer. ¡Ah, al menos quisiera los pocos años de vida que me quedan!

Al bajar la vista, chocó con sus senos flácidos que lloraban tras la blusa descotada. Hizo una mueca súbita de espanto, y para que no advirtiera Consuelo, preguntó con voz fuerte:

—¿No tienes prisa por ir a la escuela?

—Es la canción de todos los días, mamá. Estoy ya aburrida de monotonía tan interminable.

—¡Concho! ¿Dónde estás? —gritó una voz arroncada junto a la puerta—. Te espera Brunilda para ir a la escuela.

—¡Qué odioso se hace Kúntur, mamá! Le tengo cólera que no me haya dejado dormir. Todavía me duele la frente y me runrunea en la cabeza la discusión que él y varios amigos suyos tuvieron anoche en su cuarto.

—Y tú, ¿dónde estuviste, hija? — interrogó sorprendida Melcha.

—Yo, mamá, en mi cuarto; pero escuché a través de la pared.

—¿Cosas malas? — inquirió, poniendo los ojos como los de una gallina asustada.

—Para nosotros, no. Para los ricos...

—Pero, ¿decían algo?

—Kúntur era el más soberbio, subrayaba sus palabras con énfasis: "El indígena es un agricultor; toda su historia ha girado alrededor de la tierra, y su esperanza revolucionaria no es otra que recuperar el suelo usurpado por la violencia y el abuso legalizado. Fuera de la tierra, el mundo no existe para el indio. Y en el indio reside nuestra auténtica nacionalidad".

Melcha se quedó pensativa.

—Los otros eran también vehementes, gritaban, parecían endemoniados: "La propiedad de la tierra hará cambiar radicalmente el espíritu sumiso del indígena. La libertad le devolverá su valentía, su fuerza impulsiva para reconstruir sobre los cuatro "suyus" un pueblo socialista que habiten hombres justos y ponderados de sabiduría". No sé si fué Kúntur quien dijo: "Previamente debemos los mestizos inspirarles confianza, puesto que no creen en el corazón de los blancos". Y me hizo temblar con esta terrible pregunta: "¿Es que el blanco tiene corazón?".

Satisfecha sonrió Melcha, poniendo tiernamente la mano terrosa sobre el hombro de Consuelo.

—Es la esperanza de todos los hijos de la tierra — le rezongó al oído.

Consuelo se sentó sobre la yerba y de pronto dió un brinco: un sapo verde y panzudo saltó croando para meterse en la acequia. Agarró un palo y lo arrojó lejos.

—Maldito animal que me escalofrió el cuerpo — dijo Consuelo, sacudiéndose la falda.

Melcha también saltó, desfigurando su boca con un tic nervioso. Pronto recobró su serenidad.

—Pobrecito; también ellos viven de la tierra como los campesinos.

Se arremangó el traje hasta el tobillo y con el pie desnudo le dió unos empujoncitos hasta que el sapo cayó al agua. Las ondas apacibles de la acequia lo recibieron hinchándose de burbujas cristalinas.

Empalidecida Consuelo, removió con el palo la hierba y, una vez que estuvo segura de que no había sapos, volvióse a sentar. El sol le daba en la cara, resbalando sus rayos por sobre el follaje de los duraznos. La blusa ceñida le delineaba los turgentes pechitos, que hipaban al calor de su sangre; toda ella parecía un dibujo dentro del paisaje que el sol pintaba. Melcha se le acercó.

—¿Estuvo anoche el turco Atala?

—El turco es un perfecto idiota. No conversa sino de la revolución mexicana, del levantamiento de los campesinos, de un tal Emiliano Zapata, de Pancho Villa. Se interesa, el muy bovino, más del extranjero que de lo que sucede en su propia patria. Y lo que más cólera me da, es que Kúntur crea en él y en todas sus bobadas.

—No digas eso, hija. En México sufren como nosotros; por eso se han levantado los pobres. Y cuando los parias se levantan es porque ya no pueden más con la miseria y la opresión. Hay un momento en la vida de los pueblos en que una gota más de agua rebalsa el vaso.

—Qué puede importarnos lo que sucede en México, mamá — dijo despectiva, e incorporándose levantó los brazos: de las axilas voló un tenue olorcito acre, semejante al olor de la tierra removida. Corrió hacia la puerta agitando la mano, como si alguna paloma volara.

—Adiós; me voy a la escuela.

—¡Ah! —exclamó Melcha—. La insurgencia campesina de México es una lección para nuestro pueblo, donde la revolución está agazapada en los ojos de los pobres esperando el momento más oportuno para dar el salto.

SERAFIN DELMAR

ESQUEMAS AMERICANOS

Por DARDO CUNEO

"Esquemas americanos" titula su libro Dardo Cúneo. Compónelo una serie de ensayos, escuetos algunos, más extensos otros, aunque no lo suficiente como sería de desear dado el interés de los temas, cuyo nexo común se interna en un continente todavía inédito, pues si sus fronteras políticas caben en la realidad de los mapas, su dimensión espiritual se desvanece en la vastedad de su territorio. Dardo Cúneo siente la inquietud de ese desconocimiento y enumera las causas que, a su juicio, lo provocaron en el pasado, haciéndolo extensivo hasta el presente. Hay en él la preocupación de quien busca rumbos posibles para dar ubicación al hombre americano, que aun sigue enfrentado a la soledad panorámica y a su propia soledad. En este libro de cálido interés se analiza el problema desde distintos miradores, pero enderezado hacia un solo fin conjuntivo. Por ello, el capítulo "Tiempos en la poesía negra" se ensambla, después de las etapas cumplidas por los otros "esquemas", con el relacionado a la poesía cubana. Aquél es el proceso lento, por las alternativas de su tránsito, de un arte elaborado por una raza a través de su propio dolor, que plasma luego en autenticidad de belleza al cumplir su período evolutivo, cuando ya el hombre deja huellas visibles de su paso como ente representativo de un país. En "Notas para un itinerario de la inteligencia criolla" Dardo Cúneo observa con agudeza los factores que impulsaron al habitante de las ciudades costeras del Nuevo Mundo a evadirse de la realidad de su territorio. Evasión efectiva o abstracta, obligaba a dar la espalda a la tierra en la cual residía su empeño por mirar hacia Europa. A ésta no podía rechazarla, indudablemente, puesto que el apéndice comenzaba a partir de 1492, pero el olvido total de lo nuestro significó para lo americano carencia de identidad y borroneo de su fisonomía. Eran menester pasaportes europeos para darnos jerarquía, consignas para escuchar nuestra voz. Una y otra, intuídas por quienes anticipaban su visual a las posibilidades inmediatas, dejaron semilla rica en germen para quienes prosiguen hoy en la tarea de madurar el fruto. Cúneo los incorpora en "Circunstancias de la novela". Analiza qué es ésta y cuál su destino en América, alto sin duda, pues acompaña al hombre de este continente, en sus sucesivas estaciones, a la espera de su redescubrimiento dentro de distintas geografías y, por lo tanto, en diferente graduación espiritual. Este capítulo trae al desconocimiento del lector deseos de conocer la obra de los autores que cita, ignorados en su mayor parte porque aun continúa la corriente de inercia que nos aleja de los contornos de América y de lo profundamente nuestro. Para no perderlos de vista, las páginas de este libro son señales en procura de levantar ese interés, hoy acrecentado ante el caos total del mundo, cuya sombra hace más profunda la incertidumbre de los días por venir. Si, como expresa Dardo Cúneo, leer anticipa actitud de adelantarse a lo encerrado en el perfil de la letra de imprenta, "Esquemas americanos" deja esa inquietud. Esto significa decir que ha cumplido su misión.

El libro, cuya carátula muestra una acertada viñeta de Pedro Olmos, fué impreso con sencillo buen gusto por encargo del Instituto Cultural Joaquín V. González.

ANTONIO VAZQUEZ ESCALANTE

DAGUERROTIPO DE WALDO FRANK

Waldo Frank lleva el alma en los ojos. En los ojos azules y en la sonrisa. Aflora, de vez en cuando, a ellos la ingenuidad del niño; en ocasiones, la pasión, y en todo instante, la bondad. Marcha por los caminos como si fuera un misionero, derrochando el magnífico ejemplo de su vida. Porque desciende de Alonso Quijano, hay en él, con aires de revolucionario y de profeta, un paladín de toda causa noble. Es el dechado de la honestidad y lo modesto, pensador de garra, artista y capitán, como lo ha llamado un poeta argentino. Y reune en sí las condiciones del apóstol: fe, talento, constancia y corazón.

ESPAÑA Y AMERICA HISPANA

Cuando por primera vez leí su "España Virgen", me cautivó su amor a nuestra tierra. De punta a cabo habíala corrido con religiosa admiración, saciando en los más puros manantiales de esencia popular su sed de conocerla. De Andalucía supo ver la gracia y la alegría, y la honda tragedia que bajo ambas se esconde. Contempló en Aragón la tierra, oscura, parda y gris, se miró en el Ebro, "Nilo de España y arteria histórica de todas sus sangres", y gustó de la jota moruna, hermana de la Pilarica. Entró en Castilla por la ruta del Cid; Burgos le habló con la voz de sus piedras, Medina con la suya de hidalgo arruinado, Salamanca, cuna de nuestra mística, con su maravillosa Plaza única y su Tormes a cuya orilla paseara Colón devorado por la desesperanza y por la fiebre. Luego, Segovia, tallada en roca viva, orgullosa del Acueducto y del Alcázar que mira a la meseta, Toledo, matriz del Greco apocalíptico, "remolino de calles como el agua y las rocas del Tajo"; después, el Escorial, "la tumba", rígido como el alma de Felipe II...

Waldo Frank corrió España, empapado de historia, reviviendo en su mente remotas leyendas que los siglos no han podido matar. El folklore, las castañuelas, los toros bajo un sol lujuriante; las catedrales, seculares poemas del esfuerzo; la hermosa tierra valenciana, clásico vergel de mujeres hermosas; la no menos clásica cortesía de los catalanes que Cervantes cantó, la sobriedad del vasco gemela de la que ostenta el castellano viejo, todo pasó por su retina, dejando impreso en ella el signo de un fecundo recuerdo. Pero no se limitó a mirar: estudió también la idiosincrasia de los españoles, la raíz de su orgullo y lo complejo de su carácter, plasmando sus impresiones de poeta y observador en esa obra magnífica con la que ganó a España y se conquistó América.

"España Virgen" —ha dicho hace unos días— **fué un acto de amor.** Lo sabíamos los españoles. Por eso y por otra obra suya que vale tanto o más, no hay español de veras que no sienta hacia él veneración y afecto.

"Heraldo americano de valor ecuménico", apellidó Alfredo L. Palacios a nuestro pensador. Heraldo americano pletórico de fe en el fértil futuro de estas tierra. Próxima a él pulula una falange de entusiastas, cuya senda les marca con mesiánico tono. ¡Ah, si prendiera en ellos la simiente que, generoso, lanza, si surgiera en muchos la recia vocación de que está poseído el maestro!

Mas para ser heraldo americano necesitó primero nutrirse de vigorosa hispanidad. No fué a España como vacuo turista, sino en pos de la subsistencia de futuros e históricos mensajes, convocatorias a la resurrección. De ascendencia española, aunque lejana, sabe que la resurrección o renacimiento de esta América no puede lograrse renegando del espíritu hispánico, absurda pretensión acariciada por intelectuales de exigua enjundia. Por eso no es amigo de enredarse en abstrusos conceptos en torno a la **latinidad americana**, que para él no existe. Jamás dice ni escribe "América Latina", frase con la que se desea encubrir un origen glorioso y cuanto de él se derivó; Waldo Frank dice siempre "América Hispana", consciente de la propiedad del vocablo, pues, como afirmó Angel Ganivet, "cuanto haya de construirse con carácter nacional duradero, debe estar sustentado sobre los sillares de la tradición". Y la tradición es algo más firme y hondo que simples formas y actitudes variables, que sistemas políticos o credos partidarios. La tradición es el espíritu que nunca muere.

PARADIGMA A LA INTELECTUALIDAD AMERICANA

En muchos aspectos, la trayectoria de Waldo Frank es un espejo en el cual la intelectualidad americana, digamos argentina en este caso, puede contemplarse. Si lo hiciera, echaría de ver al momento que su concepto de la responsabilidad es en extremo frágil, pues da la sensación de vivir al margen de las vicisitudes de su patria, sin el menor contacto con el pueblo. Es, por otra parte, la gran desgracia de los intelectuales de todas latitudes que inspiró a Benda aquel famoso ensayo. Muchos de ellos "han vendido

su inteligencia al mejor postor, lo cual significa, naturalmente, al prestigio y al dinero", afirma Frank. Y eso es lo que él no hizo jamás.

Porque sigue una recta con vigor trazada, porque sabe hacer honor a los deberes que sobre cuantos manejan la pluma recaen, porque entiende que hay algo más grande que el falso prestigio y mucho más poderoso que el dinero, no es un escritor de los que hacen fortunas, pero sí de los que contribuyen a hacer pueblos. Yo le he visto vivir modestamente en Nueva York, trabajando desde el alba a la noche, sin perder la sonrisa, indiferente a todo lucro. Si, previa hipoteca de su libertad, se hubiera convertido en propagandista de intereses creados; si en vez de combatir por la justicia se hubiera satisfecho con pasar por alto la arbitrariedad; si en lugar de defensor de los humildes hubiera puesto su talento al servicio de los poderosos; si en vez de censurar a los magnates de Wall Street, se hubiera vendido al maléfico influjo de sus cheques, Waldo Frank sería uno de esos potentados de la literatura, que tanto se dan en el país del dólar.

Mas prefirió el tesoro de su independencia, la libertad de hacer y decir, a la riqueza con que le tentó, en vano, el demonio de la ambición. Prefirió ser pobre, clamando al mundo entero su verdad, libre para enjuiciar a altos y bajos y propugnar con la pasión más pura los grandes ideales de justicia social, de amor, de paz, de convivencia, de honda renovación, pensando siempre en una vida nueva, en un mundo mejor, no basado como este en la expoliación, la farsa y la mentira.

Tal fué y sigue siendo su línea de conducta: lo más bello de toda su obra.

Insensible a los grandes problemas nacionales sobre cuya solución descansa la futura grandeza de este rico e inmenso país, la intelectualidad argentina parece vivir en perenne monólogo, sin mantener diálogo con la entraña del pueblo. Ajenos a cuanto les rodea, sus escritores ocúpanse de cuestiones abstractas, como si no hubieran comprendido el significado de misión. (Algunas excepciones, en verdad, cabe hacer; no muchas, por cierto). El que pide **una patria moral**, como el que quiere otra fisonomía económica para esta nación en permanente infancia, ven sus anhelos asfixiados por la indiferencia. Algunos se contentan con traer y llevar a Sarmiento, modelo de los hombres de acción; pero tras las cataratas de palabrería sólo alienta un deseo raquítico, exento de ardor y contumacia, cuando no simple **pose** superficial. ¿Por qué los que aplauden a Frank con tanto empeño, expresando plena identificación con su pensamiento y sus palabras, no le imitan en el terreno de los actos, el único fecundo? ¿Por qué no sirven con su talento a la causa de dotar al pueblo argentino de la sensibilidad de que hoy carece? ¿Cómo se explica esa pasividad ante los infortunios que lo aquejan, ante la existencia mísera de los que trabajan, fundamento básico de la nación? ¿Es que carecen de ideales?

CLARIVIDENCIA DE UN FUTURO TRAGICO

A otra obra suya que vale tanto o más que "España Virgen" me referí al principio: su sincera actitud de amor al pueblo que supo luchar hasta morir, como en Numancia. Waldo Frank no vaciló un segundo en ponerse a su lado. Fué un combatiente más, un miliciano más que en lugar de fusil esgrimía una pluma aureolada por una honestidad inmarcesible.

Peleó por la España nueva, sin figurar entre cuantos desde el exterior la cantaron endechas a cambio de remuneraciones mercenarias. Él se nos dió entero, inspirado por la esencia del desinterés. Marchó a los frentes, entró en las trincheras, trabó conversación con los soldados, visitó las fábricas, cambió impresiones con los literatos y los obreros, y, poseído del mismo místico fervor anidado en el alma de aquella bizarra masa anónima, defendió nuestra causa contra la hipocresía farisáica de los apaciguadores de la "no intervención", mercaderes sin ética, responsables de la tragedia hispana y de la que hoy azota al mundo entero.

Por ser de los que nunca se someten, ni doblegan jamás la rodilla, los comparsas de Stalin mostráronsele groseramente hostiles. Hechos a una literatura lacayuna, de repulsiva domesticidad, la presencia de este hombre libre, creyente en los valores individuales y enemigo de toda tiranía, sea el que fuere su color, resultábales peligrosa. De ahí las injurias que lanzaron al viento. Mas la brutal descortesía no le amilanó; sordo a los denuestos prosiguió su camino, seguro de que lo español, que él conocía, no era aquéllo. **Aquéllo** fué una de tantas exóticas consignas llegadas de Moscú para quien Waldo Frank, por disentir de la doctrina stalianiana y sus maneras, era considerado un enemigo.



WALDO FRANK Y EL AUTOR DE ESTE TRABAJO, EN UNA AVENIDA DE BARCELONA, EN MAYO DE 1938.

En España vió él la tempestad que se cernía sobre Europa. Sobre Francia primero, cuyo egoísmo no encontraba par. Y cuando el heroísmo hispano sucumbió pronunció estas frases proféticas:

"He vivido con los camaradas de España —pensamiento y corazón al rojo vivo— y me ha dolido no poder estar a su lado corporalmente en los momentos de mayor tragedia, enviándoles desde aquí mi mensaje de admiración y de cariño. En Francia se dan cuenta ahora de que la guerra de España fué también la suya; que España no hizo más que adelantarse en unas horas a la guerra que pronto se entablará en el mundo y a la que Francia no podrá evadirse. Resulta un poco más difícil para nosotros, los norteamericanos, comprender que tampoco nos separan sino unas horas de esa lucha, de esa guerra que será también la nuestra, pues tendremos que intervenir en ella con nuestra carne, con nuestra sangre y con nuestro espíritu. Corresponde a España el honor de haber hecho frente la primera a este problema mundial, de todos nosotros, en la forma más dramática y concreta que se ha conocido después de la revolución rusa".

La profecía se cumplió...

Ahora pasea por la América Hispana su clarividencia de poeta y filósofo. Cada palabra suya es un mensaje. Él es el portavoz del advenimiento americano. Prosigue su tarea de redescubrir el Nuevo Mundo que habrá de iniciar una era nueva. "Rumbos para América" es su último libro, rumbos de esperanza que la experiencia del viejo continente ha de fertilizar. Sencillo, cordial, afectuoso, representa el arquetipo del verdadero intelectual, del verdadero artista: libre, independiente, rebelde, justo, que no se rinde a los halagos ni le hacen mella los denuestos, dado en cuerpo y alma al apostolado de la verdad y la belleza, inmune a la indolencia que priva en los intelectuales traidores a su propio destino, y presto siempre, cual buen discípulo de Don Quijote, a salir, con gallardía franciscana, por los fueros de la justicia.

Ese es Waldo Frank.

JACINTO TORYHO

LA MUJER: *su posible felicidad sexual*

> "La mujer es una enferma".
> J. Michelet - "El amor".
>
> **Naturaleza en lo vario**
> **tanto su poder mostró,**
> **siendo todo necesario,**
> **que un veneno aun no engendró**
> **sin engendrar su contrario.**
> **CALDERON**

De acuerdo al verso de Calderón que, en su belleza poética, encierra toda una gran verdad científica, nada de lo que haga desdichada a la humanidad, o a una de sus partes, por más grave que sea, debe permanecer eternamente como causa de mal: tiene que terminar algún día con el descubrimiento de la forma de combatirlo y de vencerlo, y termina siempre así, por mucho trabajo y tiempo que cueste, pues el hombre es esencialmente perfectible y por eso busca siempre lo mejor, en un constante afán de bienestar y de felicidad.

La enfermedad, que significa la alteración, por cualquier causa extraña, de la magnífica armonía fisiológica de nuestro organismo animal, o de nuestro espíritu humano, o de la íntima correlación que existe entre el organismo y el espíritu en una interdependencia constante, por mínima que sea, rompe el bienestar y trastorna le felicidad provocándonos una reacción desagradable, dolorosa y durable hasta que, encontrado el modo, o la fuerza capaz de vencerla, volvemos a poder gozar de todas nuestras facultades en la mayor tranquilidad y con más y mayores ambiciones y esperanzas.

Con este concepto creemos que, para toda enfermedad, individual o social, debe haber un remedio específico para cada caso —aparte de los que pueden haber para cada enfermedad— que hay que descubrir y aplicar conscientemente.

En la vida moderna y más aun en la civilización actual, a pesar de que ésta se jacta, en todos los tonos, del progreso alcanzado, que indudablemente es magnífico y lleno de espléndidas promesas, la sociedad enorgullecida se ha olvidado del hombre, del ente primordial e indispensable que la constituye, y se ha olvidado más aun de lo que éste es. Por eso, en esta época, cada día hay que recordar más una vieja sentencia de Espinosa: "No debiéramos desear que la naturaleza nos obedezca, sino que nosotros obedezcamos a la naturaleza". Muchos de nuestros males, por no decir la mayoría, se deben a que, por intereses o egoísmos individuales, de grupos, de clases, o de castas, siempre mezquinos, los hombres, sin tener en cuenta para nada lo que esa sentencia expresa, invocando falsas razones sociales, morales, filosóficas, científicas o económicas, con una petulancia inconcebible, viven tratando de corregir lo natural e imponer a los demás el no ver, no oír y no sentir lo que la naturaleza intrínseca o extrínseca, les señala como lo mejor.

La sociedad es profundamente egoísta, y en la mayoría de los casos tiene sus intereses particulares en completa oposición con los del individuo. De esta divergencia nace un constante malestar individual, una enfermedad, una infelicidad que aqueja a todos y que, de retruque, crea conglomerados antagónicos, desgraciados, y en constante tensión de guerra.

Ya Sócrates, el padre de toda nuestra sabiduría, muchos años antes del comienzo de nuestra era, daba a los médicos este magnífico consejo: "Para restablecer la salud de la cabeza y del cuerpo, empezarás por curar el alma". Desgraciadamente la medicina oficial moderna parece ignorar ese consejo, pues, en su cientificismo mecanicista, quiere llevar todo al método experimental —que admiramos y procuramos aprender y aprovechar en todo lo posible— y se olvida lamentablemente que el hombre, sano o enfermo, es una unidad materia-espíritu imposible de disociar en ningún caso, ni por ninguna causa. Olvida la preponderancia del espíritu sobre la materia y que, en ciertas circunstancias propias de aquél, ésta sufre modificaciones que la acondicionan para padecer toda clase de trastornos concordantes con aquellas circunstancias.

Este grave mal de la medicina oficial moderna se ha generalizado tanto, que la mayoría de los médicos lo sufren y hacen que la mayoría de los enfermos tengan que sufrir, aparte de su dolencia, a la medicina a través de sus doctores, muy científicos, con una grande y excelente preparación profesional, pero que es unilateral, exclusivamente técnica, cuando no estrechamente especializada, deshumanizada y poco filosófica, que les resta todas las bases para poder ser médicos.

Por algo es que nuestro abuelo Hipócrates, de quien los médicos de hoy sólo sabemos que existió porque nos dijeron que es el padre de la medicina, decía: "El médico que es también filósofo se asemeja a dios". El, aunque no conociera toda la anatomía, la fisiología, la química, la patología, la terapéutica, y todos los espléndidos auxiliares que poseemos en la actualidad, aunque no supiera todo lo que sabemos hoy de las enfermedades, tenía una gran cultura general, conocía la vida y era capaz de conocer perfectamente bien la personalidad psico-física de cada uno de sus enfermos y sanarlos; sentirse dios. Como él, muchos otros en distintas épocas menos científicas que la nuestra, y también, entre tantos, existen algunos contemporáneos.

Con la misma conciencia de seguridad que le da al médico una amplia cultura general, una firme preparación filosófica y un sólido dominio de su ciencia, de su técnica y de su arte, Axel Munthe, el magnífico autor de "La historia de San Michele", puede decir: "No hay droga tan eficaz como la esperanza; la más ligera señal de pesimismo en el semblante o en las palabras del médico, puede costar la vida al enfermo". Si bien en la práctica diaria la carencia de esas virtudes fundamentales en el médico no cuesta la vida a muchos enfermos, prolonga y complica si la enfermedad aumentando la desdicha de los que llegan a ellos llenos de fe y esperanza.

Esos médicos incapaces, por insuficientes, son los que desprestigian la profesión y se convierten en los mejores proveedores de todos los charlatanes y curanderos.

Fuera del dominio puramente médico y dentro de la finalidad de este trabajo, no hay que olvidar lo que dice Ingersoll en una forma muy sabia, muy concisa y muy bella: "El objeto de la vida es la felicidad; el lugar de la felicidad es aquí; la acción para ser feliz es ahora; el modo de alcanzar la felicidad es haciendo felices a otros". Nuestra misión de hombres, médicos o no, pero hombres en el más amplio concepto de la palabra, debe ser la de procurarnos la felicidad y hacer la de los demás.

La gran cantidad y diversidad de síntomas neuróticos encontrados en la inmensa mayoría de las mujeres en nuestra práctica profesional, síntomas siempre serios y a veces graves por la trascendencia individual y social que involucran, pero que de por sí casi nunca llevan a las mujeres a consultar al médico, sino que se descubren como sobreagregados o complicando a los que motivan la consulta, nos han inquietado y llevado al estudio de todas sus posibles causas: psíquicas, orgánicas o sociales. Esos síntomas, con las mismas características, causas y consecuencias, existen también en algunos hombres, pero donde se generalizan hasta convertirse en perturbadores sociales es en las mujeres.

Más aun nos interesaron y alarmaron esos síntomas al ver la poca importancia que en general les dan las mujeres, por lo menos aparentemente, como si no los sufrieran o los ignoraran por completo, a pesar de que, en muchos casos, ellos solos son los que constituyen toda la enfermedad. Después, a través de la práctica, descubrimos que esa ignorancia o esa insensibilidad eran realmente aparentes y que se mantenían en esa condición e inviolables mientras nosotros no éramos capaces de conquistar su confianza, su amistad; vale decir, hasta tanto nuestra capacidad no nos permitía comprender su personalidad individual y social y darles la segura sensación de que la nuestra, con toda su hombría de bien, se ponía a tono con la de ella.

"La mujer es una enferma", es uno de los capítulos del libro "El amor", de Michelet. Nosotros no estamos de acuerdo en considerar a la mujer como una enferma por el solo hecho de ser mujer, como lo cree Michelet, que reconoce como causa única de esa enfermedad a los trastornos psico-orgánicos propios del ciclo menstrual. Nosotros creemos sí que la mujer de nuestra civilización, la misma que conoció Michelet en distinta época y escenario, la que vive y padece a nuestro lado, es una enferma porque, a pesar de ser humana y contra toda su sensible humanidad, vive dependiente de todos, por imposición tácita o expresa directa, por atavismo, o por educación domesticadora y esclavista, lo que la convierte en una constante insatisfecha.

Michelet, en forma muy literaria, después de hacer alusión a las sensaciones que le provocaba la contemplación del mar, dice: "Pero ¡con cuánta más emoción, con qué religión y tierno respeto notaba las primeras señales, suaves, delicadas, **reprimidas** y después dolorosas y violentas, de las impresiones nerviosas que anuncian periódicamente el flujo y reflujo de ese otro océano... la mujer" Nosotros hemos subrayado el **reprimidas** porque, justamente en la gradación que da Michelet a los adjetivos con que califica las señales anunciadoras de cada episodio de la función periódica de la mujer, la necesidad de reprimir para procurar ahogar todas sus sensaciones más exquisitamente femeninas, hace que éstas, a causa de una falsa vergüenza y de un estúpido pudor, que no es natural sino impuesto por una educación desnaturalizada, sean dolorosas y violentas, después.

El ciclo menstrual, que es la expresión del ciclo fisiológico de la vida sexual de la mujer, es natural, específicamente femenino, normal e intrascendente en la naturaleza virgen, tan normal como la digestión o cualquiera de las otras funciones orgánicas, no perturbadas por causas extrañas. Por definición, todo lo normalmente fisiológico no puede considerarse enfermo, aunque, por desgracia, todo puede salir de lo fisiológicamente normal y enfermar por múltiples y distintas causas: psíquicas, orgánicas, o sociales.

Tan normalmente fisiológica es la función menstrual en sí, que la medicina moderna, a través de uno de sus voceros, afirma: "El organismo femenino durante la menstruación no debe sentirse menoscabado ni debilitado en absoluto. La capacidad física e intelectual no debe disminuir la actitud digestiva, el apetito, el funcionamiento cardíaco y pulmonar, la eliminación de orina, etc., no deben alterarse. **Toda transgresión franca a estas condiciones debe considerarse como trastorno de la función periódica femenina".**

En nuestra intensa práctica de quince años de trabajo profesional, hemos podido estudiar un grandísimo número de mujeres: de todas las edades; de todas las condiciones sociales; de todos los credos, desde las terriblemente fanáticas a las irreligiosas; de todas las gradaciones de cultura; de todos los ambientes, desde el desierto virgen de nuestra campaña, a las grandes ciudades. Esa larga y variada práctica nos ha demostrado que, mientras más naturalmente y en mayor comunidad con la naturaleza vive la mujer, mientras menos complicada por factores artificiales y antifemeninos es su vida de relación, mientras más comprendida es en su constitución animal y humana, mientras menos divergencias hay entre las necesidades de su organismo y las imposiciones sociales que obligan a desfigurarlas o reprimirlas y acallarlas, mientras menos y menores excitaciones externas y estériles sufre, es mucho más sana y tiene que pagar menos tributos a los trastornos genitales y sexuales. Nosotros hemos conocido a muchísimas mujeres idealmente sanas y felices y estamos convencidos de que todas, gozando de todo lo mejor del progreso, pueden ser igualmente sanas y felices en una verdadera civilización.

En contraposición a esa normalidad que diríamos idealmente animal, observamos que, a medida que nuestra civilización imprime a la mujer mil y mil refinamientos de toda índole, pero falsos desde todo punto de vista natural; a medida que le impone más obligaciones morales, también antinaturales, y le exige más sacrificio de sí misma, a medida que son más y mayores todos los excitantes e incitantes que de todas partes convergen hacia ella, progresivamente se presentan y aumentan sus padecimientos en esas esferas, hasta llegar a adquirir en las clases llamadas altas y cultas en los centros más civilizados, contornos verdaderamente trágicos. La excepción confirma la regla: en esas clases, las mujeres que han conseguido liberarse de todos los prejuicios, gozan de una perfecta normalidad.

La Medicina Legal y la Criminología de todos los tiempos, han dado mucha importancia, al enumerar las causas intrínsecas provocadoras de la delincuencia femenina, a las alteraciones psíquicas que sufre la mujer durante sus períodos menstruales; también demuestran un mayor número de suicidios femeninos durante esas épocas. Esas dos ramas de las ciencias estudian, por su propia naturaleza, los casos excepcionales de la vida humana; por eso, lógicamente, no se pueden sacar, de sus observaciones, conceptos generales.

Por otro lado es muy natural que, así como en cualquier hombre o mujer una indisposición provocada por mala digestión, o fatiga, o insatisfacción, etc., puede llevar al individuo o cometer algún delito, también una dismenorrea, del origen que sea, que ya no es una menstruación normal, en una mujer que por causas especiales no esté satisfecha, en sus necesidades, de sí misma, o del medio, puede romper el equilibrio inestable de su psiquismo y llevarla a cualquier extremo.

Todo ginecólogo que no se aparte de la sociología, o mejor dicho que sea a la vez sociólogo, como debiéramos ser todos los médicos, sabe perfectamente bien, porque lo puede comprobar muchas veces diariamente que, mientras la menstruación es normal, especialmente mientras la vida de relación de la mujer es normal en todo sentido, esa función natural no produce ninguna perturbación, ni psíquica, ni orgánica que pueda alterar en algo ninguna de las manifestaciones sociales de la mujer.

Con el mismo criterio con que nos acabamos de referir a la menstruación, podemos hablar también de algunos trastornos más frecuentes que sufre la mujer durante el embarazo considerado obstétricamente normal. Actualmente sabemos los médicos que la mayoría de los vómitos, mareos, sensaciones molestas de la piel, exceso de saliva y necesidad frecuente de escupir, que sufren tantas mujeres embarazadas y que a veces les hacen odiar el embarazo y llegan a hacerles insoportable la vida, son fenómenos que asientan sobre un indudable fondo neurótico; tan es así que se ha podido demostrar perfectamente bien que la mayoría de las mujeres que sufren esos síntomas, aunque acepten el embarazo y esperen el hijo con más o menos alegría, no deseaban el embarazo y por ello esos fenómenos son manifestaciones de protesta del subconsciente. Otra de las cosas fácilmente observables en este terreno es que la mayoría de las mujeres amorosamente satisfechas y satisfechas también en sus obligaciones de orden social imperativas, no sufren esos trastornos.

Tampoco la menopausia o edad crítica de la mujer, edad que hoy se sabe también existe para el hombre, puede llevar al concepto de que la mujer es una enferma. Los más serios investigadores modernos están de acuerdo en asegurar "que la menopausia, cuando el sistema nervioso de la mujer no tiene predisposición psicopática, y su vida sexual se ha desarrollado sin desarmonías entre el instinto y el medio social, no tiene por qué enfermarla llevándola a estridencias y locuras, a los más absurdos y obscenos delirios, e incapacitándola, por ello, para el buen desempeño de sus actividades sociales".

Dr. Manuel Martín Fernández

> En el próximo número de HOMBRE DE AMERICA publicaremos dos trabajos —que en el presente no pueden aparecer por falta de espacio— referentes a dos libros de gran importancia y actualidad, cuyo estudio interesará a nuestros lectores: "Nacionalismo y Cultura", de Rudolf Rocker y "Rumbos para América", de W. Frank.

HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO III — JUNIO DE 1942 — Nº 14

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración:
ALSINA 736
BUENOS AIRES
República Argentina
U. T. 34 -- Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican, incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar -- Miguel Angel Angueira -- Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu -- Julio R. Barcos -- Leónidas Barletta -- José Basiglio Agosti -- Prof Francisco C. Bendicente -- Ing. Carlos Bianchi -- Aurora Bogú -- Herminia Brumana -- Marta Brunet -- Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella -- Oscar Cerruto -- Dr. Florencio Charola -- Justino Cornejo (Ecuador) -- Dr. Enrique Corona Martínez -- Olga Cossettini -- Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar -- A. Díaz Urrieta -- Serafín Delmar.

Luis Fernández Zárate -- Agustín Ferraris -- Waldo Frank (Estados Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) -- Dr. Rafael Grinfeld -- Gilberto González y Contreras (Cuba).

Jorge Hess -- Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) -- Josua Hochstein (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte -- Layle Lane (Estados Unidos) -- Dr. Enrique Loedel Palumbo -- Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández -- Mauricio Magdaleno (México) -- Ing. Jacobo Maguid -- Alberto Maritano -- Aurelio Martínez (Perú) -- Ing. Aquiles Martínez Civelli -- Augusto Mateu Cueva (Perú) -- Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Odena -- Juan G. Olmedilla -- Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) -- Armando Panizza -- María Luisa Petettin -- Magda Portal -- Enrique Portugal -- Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) -- José Riera (Bolivia) -- Octavio Rivas Rooney -- Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack -- Dr. Alberto Sagastume Berra -- Diego Abad de Santillán -- Dr. Jaime Scolnik -- S. Fanny Simon (Estados Unidos) -- Dr. Joao de Souza Ferraz (Brasil) -- Juan Antonio Solari -- Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda -- Andrés Townsend Escurra -- Jacinto Toryho -- Prof. Víctor Troncoso (Chile) -- Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) -- Rafael Heliodoro Valle (México) -- Antonio Vázquez Escalante -- Arturo Vilches -- Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Camblor - Carybé - Gustavo Cochet - Emma Jauch - Kras - Pedro Olmos - José Planas - Francisco A. de Santo.